

D

DEODORO

gaceta de crítica y cultura

Revista de la Universidad Nacional de Córdoba | Argentina | Febrero de 2012 | año 3 | N° 16 | \$ 5.- | ISSN: 1853-2349

Edición especial: ficciones



EDITORIAL

Universidad Nacional de Córdoba



Universidad
Nacional
de Córdoba

Universidad Nacional de Córdoba

Rectora: Dra. Carolina Scotto

Vicerrectora: Dra. Hebe Goldenhersch

Secretario General: Mgtr. Jhon Boretto

Secretaria de Extensión: Mgtr. María Inés Peralta

Subsecretaria de Cultura: Mgtr. Mirta Bonnin

Prosecretaria de Comunicación Institucional:
Lic. María José Quiroga

Director Editorial:
Franco Rizzi

Secretario de Redacción:
Mariano Barbieri

Consejo Editorial:

Marcelo Arbach, Gonzalo Bustos, Andrés Cocca, María Cargnelutti, Agustín Di Toffino, Agustín Massanet, Ariel Orazzi, Juan Cruz Taborda Varela, Natalia Arriola

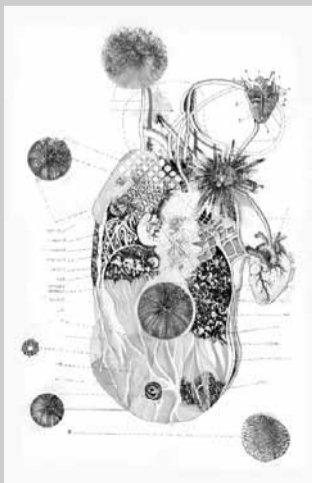
Corrección:
Raúl Allende

Diseño:
Lorena Díaz

Revista mensual editada por la Editorial de la Universidad Nacional de Córdoba
ISSN: 1853-2349
Editorial de la UNC. Pabellón Argentina
Haya de la Torre s/n, Ciudad Universitaria.
(351) 4629526 | Córdoba | CP X5000GYA
deodoro@editorial.unc.edu.ar

Impreso en Comercio y Justicia Editores

Tapa: Liliana Menéndez. *Calle José Hernández*. Dibujo, técnica mixta s/papel, 50 cm x 65 cm, 2002.



3 Editorial | Temporada en Carlos Paz
Franco Rizzi

4 La muerte y las aves
María Teresa Andruetto

6 Recienvenidos
Markus Olmi

7 Fuego
Eugenia Almeida

8 El perro azul
Federico Falco

10 Prohibido fumar durante la autopsia
Elisa Gagliano

11 El pasado de los niños | La atracción
Diego Tatián

12 Tacklear
Hernán Tejerina

14 Visión
Diego Vigna

15 Un día de pesca
Javier Quintá

16 Vietnam
Santiago Ramírez

18 Inseguro
Emanuel Rodríguez

20 Extractos del diario de Ana B., un mes antes de cumplir treinta años y tirarse por una ventana
Eloisa Oliva

22 Como aviones
Mariano Barbieri

Las obras en este número pertenecen a la artista **Liliana Menéndez (Córdoba)**. Registro fotográfico: Susana Pérez.
www.lilianamenendez.blogspot.com
www.lilianamenendez.com.ar



TEMPORADA

EN CARLOS PAZ

Franco Rizzi

En el verano abundan la trivialidad y las obras de teatro con títulos carentes de metáforas. Nadie sobrevive a la estación sin al menos enterarse de una de las miles de peleas con plumas que se suceden. Empalagan las pantallas con discusiones de divorciados y ex mejores amigas que dirimen sus diferencias cuando se prende el cartelito rojo que confirma que están al aire. Queda la sensación de que para volver a mirar, al menos algunos minutos de televisión, habrá que esperar a que las camperas pierdan el olor a naftalina.

También es la época de grandes festivales. De rock, folclore o de todo junto y mezclado, de fiestas patronales y variados reinados. En el verano hay casi tantas fiestas patronales como en el resto de las estaciones juntas. Las hay para lo mismo en distintos puntos del mapa, aunque el turismo, complejo y contradictorio concepto, exija siempre algún rasgo particular. Así tenemos la Fiesta Nacional del Chivo en Malargüe y la del Chivito Puntano en Merlo. La corvina es también muy celebrada en temporada: la Negra en Claromecó, la Rubia en Mar de Ajó y corvina, a secas, en Río Bermejito. Sin dudas La Fiesta Nacional del Chanco asado con Pelo de San Andrés de Giles era, por nombre, la más particular de todas. Pero desde el

año 2006 que ya no existe, supone el prejuicio del escriba, por falta de reinas con la autoestima suficiente para llevar con honor tal distinción.

El verano también es época de carnavales, murgas y fiestas paganas, con la deuda saldada por la restitución de los feriados que había eliminado la última dictadura. Este año, por segunda vez, habrá lunes y martes de carnaval luego de 34 años de ausencia. Como lo predijo Chico Buarque en épocas de dictadura brasilera: *Usted que inventó la tristeza / Tenga hoy la fineza de des-inventar / Usted va a pagar y bien pagada cada lágrima brotada desde mi penar / A pesar de usted mañana va a ser otro día / Daría tanto por ver el jardín florecer como usted no quería / Cuánto se va a amargar viendo al día asomar.*

Desde DEODORO la invitación para febrero es a la ficción. Literatura tan cordobesa como variada para acompañar los golpes de calor. Una parada en la línea heterogénea y contradictoria de esta revista, para seguir pensándonos y buscándonos a través de otros relatos y otros personajes.

Señoras y señores, estalló el verano ■

LA MUERTE Y LAS AVES



María Teresa Andruetto

No son más que pollos, con sus miradas estúpidas de pollos y sus ilusiones de grandeza.

J.M. Coetzee

Matar es una tarea desagradable para quien cría aves. No debemos olvidar que un corral es una comunidad y cada gallinero una célula social con ponedoras, batarazas y gallos para consumo, aunque algunos inspectores se hayan convertido en vegetarianos. Hay individuos que sólo pretenden obtener huevos y crían ponedoras a las que dejan morir de viejas, pero también estamos los que esperamos la ocasión propicia para que algún gallito cacareador sea sacrificado o entregado a un tercero para que lo sacrifique.

Sé que hubo un tiempo en que el gallinero era alegre, sin brumas, y las aves permanecían mudas, horas enteras mirando sin chillar. Eso era antes, pero ni antes ni ahora, lo de vegetarianos fue nuestro caso; nos alimentamos de carne y no de hipocresía, de modo que pase lo que pase matamos nosotros.

Matar es una tarea complicada desde el punto de vista técnico, porque debe buscarse el procedimiento más eficaz, más rápido e indoloro que esté al alcance del verdugo. Personalmente, me inclino a pensar

que la decapitación es lo mejor, porque asegura una muerte con la menor cantidad de consecuencias tanto para la víctima como para el victimario y estoy seguro de que, de todas las modalidades posibles, los venenos y las inyecciones son los más cómodos e indoloros, pero denotan cobardía de parte de los ejecutores.

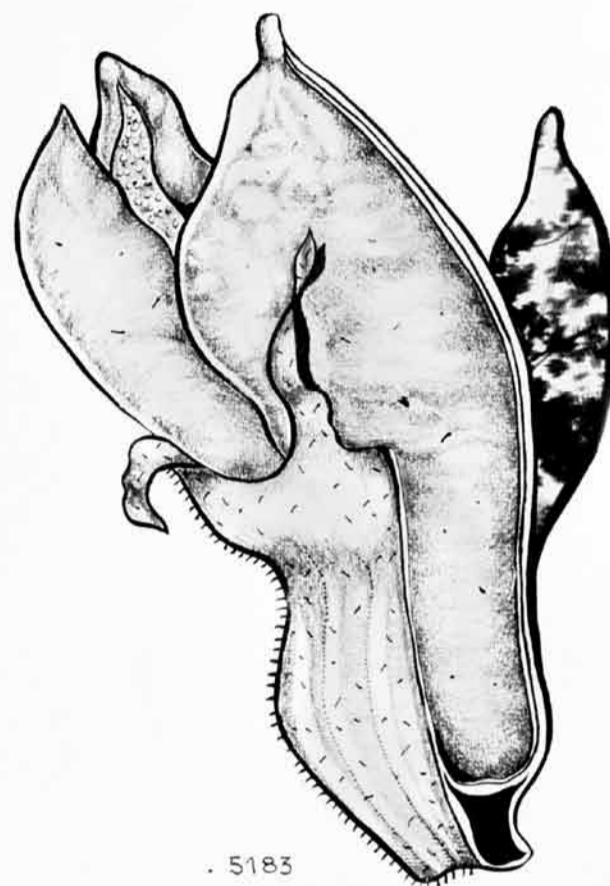
Leña del árbol caído. Antes, ahora y antes, eso es lo que llegó y nadie supo o no se pudo hacer más. Habría dejado satisfechos a unos cuantos que se hubiera destruido lo que estaba en pie, pero nada se derrumbó, porque, en medio de todo, supimos mantener las cosas como se debía. Fuimos nosotros quienes lo hicimos, y entre nosotros los pioneros, aquellos que nos enseñaron los principios de la avicultura, pero no fue mía la idea, yo sólo fui uno de tantos, un eslabón en la infinita cadena de cazadores de aves. Hubo un tiempo en el que explorábamos métodos y nos ajustábamos a eso, pero siempre preservamos un espacio para la improvisación. Hoy no nos arrepentimos de nada, hemos actuado de manera de hacer lo necesario y lo posible, decapitaciones, o a lo sumo golpes secos, quiebre de columna, inyecciones o lanzamientos, no otra cosa.

Me gustaría que quedara claro: cada uno de nosotros hizo lo que era mejor para todos. Sangraban aque-

llas aves y tenían sus razones, porque era nuestro el deber de aniquilar lo que habitaba en los corrales. Tres días de trabajo dan buenos resultados, tres días desplumando, hasta que todo se termina. Nadie pide disculpas ni tiene por qué pedir las, aunque las noticias, a veces, no sean buenas. Tampoco se arrepiente nadie de nada, no da esa impresión; sólo se tiene, al terminar la tarea, un leve desconcierto que siempre es mejor que no sentir nada.

Matar es una tarea que requiere de cierto orden. No se puede decir que da placer, más bien se trata de un acto necesario, de un sacrificio; detestamos hacerlo, pero alguien tiene que hacerlo. Con la fiebre aftosa, por dar nada más que un ejemplo, esa fiebre que todavía no concluye, en la televisión pudo verse una hecatombe. Cuatro millones de vacas sacrificadas de cualquier manera, cada animal ejecutado con un tiro en la cabeza y sangre por todas partes, pero a nosotros no nos sorprende; con menos repercusión mediática, también hemos pasado lo nuestro. No aceptamos calumnias ni degradaciones, no sería justo. Yo por lo menos, no lo voy a permitir.

A la hora de los traslados, hay que tener en cuenta que algunos pollos están muy débiles, y entonces hay que considerar detalles como el dolor, la enfermedad o el hambre. Sobre todo el hambre. Y el miedo. Se



hacen muchas cosas por miedo. Pero volvamos a los gallineros: están en las afueras, lejos, en lugares seguros. Recuerdo bien aquellos días, a veces debíamos parar la carga o la matanza, tanta era la excitación; hoy parece que se tratara de alucinaciones, pero sucedió, y todo lo sucedido ha quedado grabado en la memoria, como un cintillo de bodas. Los transportábamos desde los corrales hasta el río. A veces se nos mezclaban los días y las noches porque vivíamos como ellos, sin almanaque, ni reloj, ni luz del sol, como borrachos o anestesiados. En ocasiones alguno chillaba o salía corriendo y había que ir tras él hasta cortarle las alas, pero la mayoría se quedaba ahí, sin hacer nada. En punto muerto. Con la fiebre aftosa, que todavía no concluye, en la televisión se ven esas imágenes de animales achicharrados; ya son casi cuatro millones de reses sacrificadas, cada una ejecutada con un tiro en la cabeza y sangre por todas partes. Nosotros en cambio obrábamos con eficacia y con higiene y no dejábamos restos, porque no nos gustaba ni nos gusta contaminar el aire ni el suelo. Los llevábamos al río, para alimento de los peces, o hacíamos un pozo y los metíamos ahí. Cientos de bestias. Las matábamos con el rifle sanitario, que es un rifle que no hace ruido, y las cargábamos en los furgones o las enterrábamos ahí mismo.

Conozco a todas las gallinas del gallinero, las distingo por el color, el porte o la conducta. A veces incluso puedo llegar a encariñarme con alguna, de modo que el gesto de separarles la cabeza de un golpe de machete me resulta un poco perturbador. Lo hago habitualmente sobre un tronco en el que he clavado un punzón para atar con una soga la cabeza, en un nudo que se hace con suavidad, sin apretar ni tironear demasiado para que el cuello quede expuesto en relación al resto del cuerpo. Así el golpe no puede fallar. Es un trabajo ideal para una dupla: después de atrapar a la víctima, uno le aferra ambas patas, mientras el otro saca el cuchillo o lo que sea. Esta última es mi función. Desde luego, los más baqueanos usan otros métodos. Eso sí, lo mejor es trabajar en serie, porque aliviana los esfuerzos. Cierta vez tuve que pedirle a un discípulo que me ayudara a degollar cuarenta en una mañana. Él no estaba acostumbrado, sostenía a esos animales por el cuello pero trataba de apartar la vista del lugar del corte. Le expliqué que tampoco para mí era fácil. El que no grita, sale corriendo y el que no sale corriendo se queda sin hacer nada, así es como todo termina en punto muerto. Le dije que a veces recuerdo un perfil en el momento de descargar el hachazo, o el único ojo con que puede mirarse a la víctima, su expresión de terror, sin entender o sin aceptar que le ha llegado la hora, como a tantos. Pue-

de también que quede en la memoria el olor de alguien, el calor de los cuerpos, la superficie rugosa de las patas, los movimientos convulsivos, un párpado que se cierra para siempre. Después hay que desangrar, destripar, destrozarse. Claro que la experiencia es siempre parcial; al fin y al cabo, uno no es más que un simple ejecutor, un brazo armado de la comunidad y es por eso que la comunidad facilita las armas y valora las acciones que se ponen en marcha.

Es así como es en la granja. Llegan los perros y comen las nutrias o las vizcachas o las aves. Llegan los de policía ambiental y matan a los perros y a los tigres. Sesenta en una tarde. O cien, lo mismo da. Los más avispados llaman a seguridad diciendo que son tigres. Pero son perros, agazapados esperando que vuelvan. Es como es en los corrales de este lado del mundo. Para los que viven estas experiencias por primera vez, quizás el hecho resulte un poco abrumador, debido a la diferencia que existe entre matar porque sí y matar porque es necesario. Pero para nosotros que conocemos lo que es la necesidad, las cosas se vuelven poco a poco más sencillas y entonces acomodar aves en las góndolas, salir de vuelo o dar explicaciones sobre la avicultura son aspectos de una misma misión ■

L. Menéndez. *Pasé por tu país*. Dibujo, técnica mixta s/papel, 35 x 40 cm.

RECIENVENIDOS

Markus Olmi

Julie estaba muy arriba, había fumado y con una Jpinta de cerveza estaba bellísima y sensual y yo hubiera dado siete de mis dedos por dormir con ella otra vez y escuchar sus largos recitados árabes, pero cuando entró en el Gate Club cayó, entró en el bajón y no hubo forma de sacarla. Era domingo y el Gate estaba vacío: verlo desierto fue una ducha helada para Julie, que no paró de mirar el móvil y enviar mensajes. Tuve que recurrir, esa noche, a las preguntas aburridas de las primeras veces.

Tenía esa belleza de las árabes de París. No teníamos nada en común, a no ser Markus y Kadhiya. Su edad fue la misma siempre.

Markus no estaba, había viajado. Julie miraba los sillones y las luces sin gestos. Cuando su móvil se encendía, leía el mensaje, y en ese movimiento yo podía ver el nacimiento de su cuerpo desnudo. Hacía semanas que no nos acostábamos. Le pregunté si todavía vivía en Stratford y negó con el cuerpo. Kadhi pidió un trago más.

Esa fue la imagen que me quedó grabada de Julie: tecleando en su móvil. Ahora sólo puedo recordarla así. Cuando negó que viviera en Stratford también negaba otra cosa, una realidad que el mensaje le traía, porque después, suave como todo lo que hizo esa noche (no era Julie salvaje, desnuda entre nuestros aplausos riendo en el comedor de Markus, borracha, bailando) empezó a llorar mientras seguía negándolo todo. Kadhi le preguntó algo en francés y empezaron a hablar, yo poco podía entender y prendí un cigarrillo y después otro. Prendieron las luces del bar.

Kadhi abrazó a Julie, que me miró con la mirada más triste que yo le recuerde y pidió que la perdonara. Se secó los ojos y alejó a Kadhi, que parecía entender

y perdonar, y me abrazó y la vi subir las escaleras, despacio y sin volverse, y supe que nunca más la iba a ver.

Markus volvió a los pocos días y dijo que se iba todo el verano a hacer jazz en un bar de la costa croata; cuando lo supo, Kadhi dijo que se iba a Marruecos a recordarse, y yo empecé a no saber nada de Julie.

Creo, ahora que pasó el tiempo y que Londres me queda muy grande, que Julie pedía perdón por esto, por esta imagen inolvidable, inolvidable en todo sentido y absolutamente. Pocos son los momentos desde esa noche (hace ya cuatro meses) en que no la piense así, resignada frente a la pantalla del móvil, negándolo todo con la carne rígida, la misma que a veces se doblaba y curvaba y transpiraba sobre las mesas y los sillones y bajo mi cuerpo. Yo la prefería jugando al erotismo, Markus también.

Kadhi no ha vuelto a Londres.

Mientras, en Londres la procesión de reciénvenidos no para y en los parques se ve el inicio de algo nuevo y en la gasolinera de St. John's trabaja ahora una rubia del este. No quise preguntarles a los empleados, seguramente tampoco sepan de Julie. Pese al clima, salgo poco a caminar. Casi que evito Notting Hill. En Londres repetirse sería terquedad.

Biografía del autor:

Markus Olmi es austriaco o italiano o ninguna de las dos cosas, porque nació en Bolzano y sus padres son (o eran) uno de cada país ut supra mencionados e Italia, más en el norte o en el sur, no existe como nación.

A los 18 años dejó su ciudad y sus nacionalidades y emigró a Londres con pocas expectativas y una caja llena de instrumentos no convencionales para dedi-

carse a la musicoterapia, en la que creyó durante un breve periodo. Es (o era) fiel amigo de Mayuko (ausente en este cuento) y pareja de Kadhiya. Ellos dos, Mayuko y Boris (su pareja, de Rusia y gran ajedrecista) viven hoy, creemos, en Bangkok, lejos de todos sus familiares.

Biografía del narrador:

NN nació en Bulgaria y vivió en Londres durante tres años. Allí conoció, en el Richoux bar (en donde trabajó como barman) a los personajes que pueblan estas hojas. Volvió de Londres y se amancebó, en el път туника al 300, departamento de donde salió casado y con hijos y profesión adquirida.

Hoy vende electrodomésticos en una tienda del centro de Sofía (abandonó la profesión adquirida).

Biografía de Julie:

De Julie solo sabemos que nació. Luego vivió en Londres pero no sabemos por cuánto tiempo. Suponemos su arabidad por los rasgos y su nacionalidad por su idioma, pero bien podría ser cualquier otra cosa. Todo intento por encontrarla en las redes sociales ha sido infértil.

Biografía de Kadhi:

Kadhiya es marroquí pero creció en la periferia de París, Francia. Trabajó en Richoux bar como camarera (moza) durante un periodo de tiempo indeterminado, y robó de allí una cantidad indeterminada de botellas de vino australiano, italiano, francés y californiano. También cervezas. Se enamoró imprevisiblemente de Markus y decidió perdonarle todo, siempre. Nota final: Agradecemos a Macedonio Fernández el neologismo que da nombre a estas líneas ■



FUEGO

Eugenia Almeida

Que era una cosa de nada. Fácil, fácil. Que lo habían planeado bien, que lo único que yo tenía que hacer era estar listo cuando ellos salieran. Que era cuestión de diez minutos. Estar ahí, nada más. Y que después iba a poder mandar todo a la mierda. Todo. La pieza y el ventanuco, el jarro enlozado, el repasador verde, el andamio. Diez minutos.

Que solamente un pelotudo podía decir que no. Que siempre estoy dándole mucha vuelta a las cosas. Que tampoco había tanto que pensar.

Que López se la venía trabajando a la empleada desde hacía rato. Que ya sabían los horarios, que iba a ser todo como un relojito. Así. Mirá. Un paquetito. Que tenían fichados todos los movimientos. Que el diez era el día de cobro. Que el hijo del dueño traía la plata en el auto, que eran flojos, confiados. Que era prácticamente un regalo. Se entra y se sale. Así. Enseguida. Que lo mío era lo más fácil. Esperar en la vereda de enfrente, prender el motor en cuanto salieran y arrancar. Y darle. Darle, darle, darle hasta llegar al bajo. Y después separarnos. Con un montón de guita. Un montón así de guita.

Que era un minuto, un pestaño, me dijo Monti. Ni te das cuenta.

El sol está medio raro. Como de costado. Cae raro. En la vereda de enfrente hay una lata abollada. Y ahí pega el sol. Pero raro.

Lo veo entrar a López. Bien vestido, el hijo de puta. Bañadito. Lo veo que se arrima a la chica y se inclina sobre el mostrador, se le acerca, le va diciendo cosas. Lo veo desde acá, en el auto, un gallo que ronda su territorio.

En la esquina aparecen Monti y el Turco y ya nomás, de lejos, pienso que no, que no, que no. Se les nota que van cargados. No saben caminar, van tirando el cuerpo para el costado donde llevan el chumbo. Y pienso que no. Que no habían dicho nada de armas. La puta que lo re mil parió. No tendrían. Se calzan y después qué. Fácil, fácil. Cómo mierda se vienen así, ladeados. Sin decirme. Tener el motor en marcha, cuando los vea entrar, encender. Un juego de los pies. Pies y manos. Andamio. La llave, embrague, palanca, acelerador. Alejar un pie, acercar el otro. La pieza. Se les nota, cargados. Miro la lata.

Pongo un cigarrillo entre los labios. Monti y el Turco están por entrar.

Busco el encendedor. Tanteo la guantera. No está ahí. Voy recorriendo el tapizado con los dedos. Pienso que no. Me agacho a buscar en el piso, la mano se mueve entre la palanca de cambios y los pedales. Un papel arrugado, la tapa de una gaseosa, un resorte, toda esa escoria que se va perdiendo en el piso. Busca mi mano a ciegas. Me incorporo.

Por atrás aparece un camión de caudales. Una tanquetita blindada con el nombre de la empresa escrito en un costado. Se paran justo frente a la entrada. Baja un tipo por adelante, da la vuelta, abre la parte de atrás, se oye el ruido de las puertas, pienso en eso, engranajes, metales, pequeñas ruedas que engarzan unas con otras, dos tipos más, con chalecos y armas largas, los chalecos deformando el cuerpo, creando gigantes donde no existe nada, entran, dos atrás y uno adelante, ese paso marcial que tienen estos tipos,

así, tranco largo, duro, sé que tengo que estar listo para encender el motor, ya se mueve la mano hasta la llave, sé que debo hacer un juego de mano, pie, mirar cómo la luz parpadea a la izquierda del tablero, oigo un vidrio que se rompe, astillado, el camión de caudales y atrás, atrás, un vidrio que se rompe, un tiro, corridas, dos tiros más, ¿cuánto tiempo son diez minutos? Por la esquina cruza una camioneta de la policía, aceleran, los oigo, chirrían las ruedas para dar la vuelta a la manzana, bajan dos canas, corren, otro vidrio, tres tiros más. Nada.

Sale la policía. Hablan por un handy. Después voy a ver las ambulancias. Blanco, rojo, puertas, ruido. Primero una, después la otra. Cuatro camillas con cuerpos, tapados. Vienen vecinos a mirar. Se arma una rueda alrededor de eso. Espaldas, cuellos, se estiran para poder ver. Hablan mordiendo, bajo. Miran. La sangre, las marcas de las ruedas en el piso, los vidrios rotos.

Uno de los policías se abre paso entre la gente y se acerca al auto. Inclina el cuerpo. Golpea el vidrio. Bajo la ventanilla.

—¿Usted vive acá, jefe?

—No, no. Me había parado un rato nomás.

—¿Para?

Todavía siento el cigarrillo, intacto, ahí, a un costado de mi boca.

—Para pedir fuego.

El cana mete la mano en el bolsillo, saca un encendedor, la llama estalla.

Yo aspiro la primera bocanada ■

EL PERRO AZUL



Federico Falco

Tenían miedo de morirse asfixiados si la estufa quedaba prendida durante la noche, así que la casa siempre estaba helada cuando se despertaban. Lo primero que hacía Juan Carlos, tiritando y todavía medio desnudo, era volver a encenderla. Después se cambiaba en silencio, sentado en el borde del colchón, entornaba la puerta y salía del dormitorio en puntas de pie para no molestar a Nilda, que todavía dormía.

En la cocina había una mesa de fórmica gris, seis sillas de caño y una ventana cubierta por cortinas a cuadros blancos y amarillos. La ventana daba a un pasillo lateral tan estrecho que sólo permitía el paso de un hombre y una bicicleta. Si se descorrían las cortinas, lo único que podía verse era el salpicré blanqueado del tapial alto que cercaba la casa y delimitaba el pasillo.

Juan Carlos puso la pava en el fuego y prendió la radio. Entreabrió la puerta del patio. Afuera estaba frío y oscuro. Las macetas cubiertas con lonas y papeles de diario apenas se distinguían junto a las paredes. Sobre las baldosas de cemento se oyeron las pisadas de la perra, que corría hacia la cocina.

Debés estar congelada, dijo Juan Carlos y la dejó pasar. La perra movió la cola y dio dos vueltas alrededor de sus pies. Tenía manchas blancas y negras y el pelo brillante. Nilda la había encontrado una mañana, medio muerta de hambre, frente al almacén. Se llamaba Pitufina.

Vení, entrá, sentate al lado de la estufa, le dijo Juan Carlos.

Subió el volumen de la radio. Un locutor informaba sobre el estado del tráfico en Buenos Aires. Había un par de puentes cortados; uno de ellos, por un accidente. Juan Carlos se agachó junto a la estufa y controló la llama azul que latía adentro.

En cinco minutos se va a poner calentito, dijo y la perra se frotó contra sus piernas.

Después del informe del tránsito, dos locutores dieron las primeras noticias del día. Eran las seis y diez de la mañana. Juan Carlos calentó leche en el hervidor y se preparó el desayuno con café instantáneo. De la alacena sacó un paquete de galletitas y comió algunas. Mientras tanto, los dos locutores comentaron una noticia extraña: en un pueblo cerca de Santa Fe, una perra había parido un cachorrito de color azul. El resto de la camada tenía pelajes normales, pero el último en ser expulsado era notablemente azul. El locutor informó que se encontraban en comunicación directa con la dueña de la perra y comenzó a hacerle preguntas.

Es una perrita común y corriente, decía la voz de mujer, que sonaba metálica por la transmisión. La trajo mi hijo un día, hará tres o cuatro años. Nosotros pensábamos que no podía quedar preñada, porque antes ya varias veces había tenido embarazos psicológicos. Se ponía gorda y llevaba trapitos o ropa vieja debajo de la pila de la leña, para armarse la cucha. Después de unos días volvía sola. Esta vez yo pensé que sería lo mismo pero ayer de mañana nos encontramos con que parió nomás. Tres cachorritos y uno, el último, que es el que salió azulcito.

¿Fue un parto normal?, preguntó el locutor.

Normal, normal. Me la encontré porque fui a buscar troncos para prender el calefón, si no, ni nos enterábamos.

¿Y cómo es esto del cachorrito azul? ¿Cómo se comporta? ¿Qué dicen los veterinarios?, volvió a preguntar el locutor.

Igual que el resto, respondió la mujer. La madre no hace ninguna diferencia entre él y los otros tres. Duermen todo el día y toman la teta, son chiquititos, todavía no abrieron los ojos.

¿Los veterinarios qué opinan?

Mire, aquí, cuando lo descubrimos, mi hijo fue a contárselo al de la radio y se enteró todo el pueblo. Vino el doctor y según él, nunca había visto algo así.

Le sacó un montón de fotos. Él calcula que con los días se va a ir aclarando, hasta volverse blanco. Los de la universidad todavía no llegaron. Esta tarde van a andar por acá.

¿Cómo es un cachorro azul? ¿Azul como qué es?, preguntó el otro locutor, que hasta el momento había permanecido en silencio y que cumplía funciones más de comentarista que de entrevistador.

Es azul fuerte, contestó la mujer. Como si lo hubieran bañado en anilina.

Los dos locutores hicieron más preguntas sobre el perro, pero Juan Carlos apagó la radio. Ya había terminado su café. Lavó la taza y la apoyó boca abajo en el escurridor. Guardó el paquete de galletitas en la alacena. Buscó su campera y se la puso. Se envolvió el cuello con una bufanda gruesa. Fue al dormitorio y le tocó el hombro a Nilda.

Me voy, dijo. Te dejo la estufa prendida.

Nilda estiró la mano y prendió el velador. Tenía la cara hinchada y el pelo revuelto.

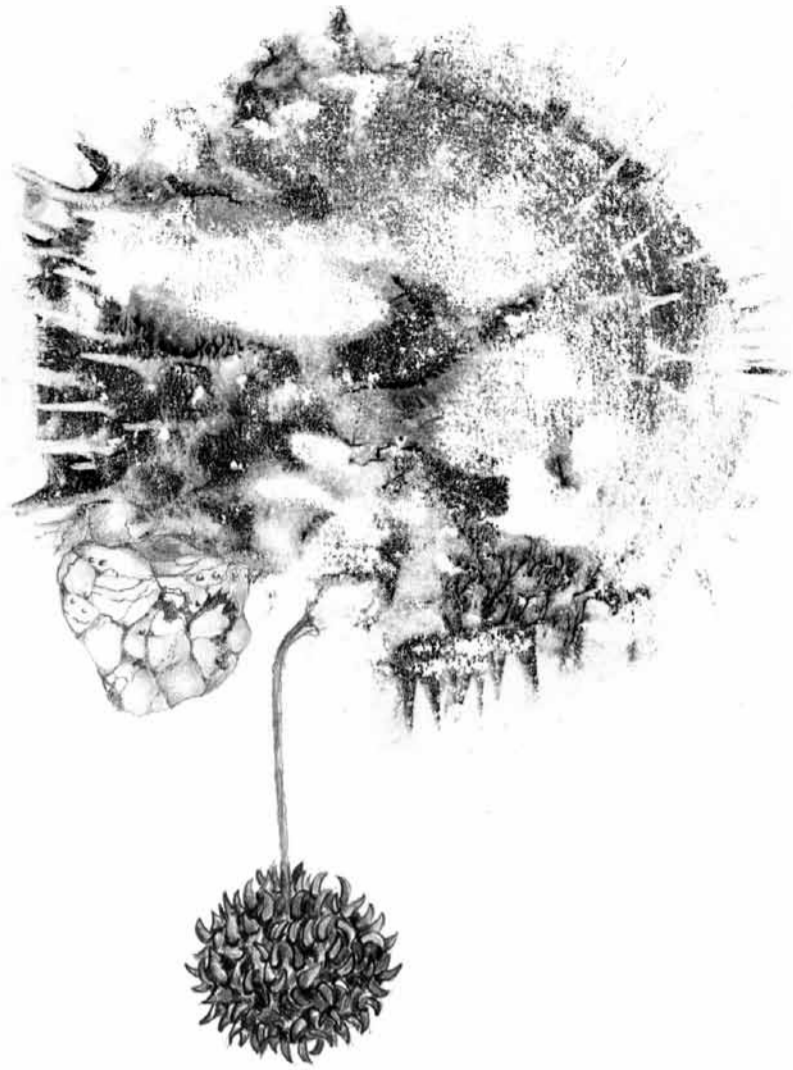
¿Heló afuera?, preguntó.

Parece que sí, dijo Juan Carlos.

Nilda se sentó en el borde de la cama y se calzó las pantuflas. Enseguida se metió en el baño. Juan Carlos salió y fue hasta el galponcito, donde guardaba la bicicleta. La perra corrió tras él y se metió al gallinero, en el fondo del patio.

¿Qué vas a hacer para allá? Dejó de hacer lío. Volvó adentro, la llamó Juan Carlos pero la perra no hizo caso.

Juan Carlos miró su reloj. Se le hacía tarde. Sacó la bicicleta del galponcito, la llevó a la rastra y la empujó por el manubrio a lo largo de todo el pasillo. Los codos de la campera rasparon el salpicré blanqueado de la pared y se mancharon. Al pasar frente a la ventana de la cocina vio, detrás del cuadriculado amarillo y blanco de las cortinas, a Nilda, en bata, preparando el mate. Después montó en la bici y se alejó pedaleando



L. Menéndez. *Ariadna*. Dibujo, técnica mixta s/papel, 29 x 45 cm., 2002

lento. El chirriar de la cadena era lo único que se oía en la calle oscura. Lejos, del otro lado del descampado, se veían las luces de la estación de servicio. De tanto en tanto, traídos por el viento, a ramalazos, llegaban los sonidos de autos, de camiones que pasaban a toda velocidad.

Nilda se cebó el primer mate con el agua caliente que había dejado Juan Carlos. Corrió un poco la cortina de la puerta del patio y miró las macetas tapadas. Debajo de la canilla, en la batea de cemento que recogía las pérdidas de agua, se había formado una capa de escarcha que duraba bajo el cielo gris y todavía oscuro. En el reborde del pico brillaba una gota congelada. Nilda cruzó sobre su pecho las solapas de la bata de paño, tiritó y abrió la puerta. Pitu, Pitufina, gritó hacia afuera.

Pitu, llamó nuevamente. ¿Dónde te metiste? Hacía demasiado frío y Nilda volvió a la cocina. Tomó otro mate y se frotó las manos. En el dormitorio, sin sacarse la bata, se puso un par de cancanes gruesos y, encima, unas medias de toalla. De la silla junto a la mesa de luz tomó un pantalón de jean y un pulóver rojo muy grueso. Debajo de la cama estaban sus zapatos de invierno.

Pitu, Pitu, volvió a llamar mientras salía. La perra no estaba ni en el lavadero ni en el primer patio, cementado y rodeado de macetas. Nilda hurgó entre las lonas con que tapaba las plantas. Sólo vio unos geranios que, pese a la protección, la helada no había respetado. En el segundo patio, frente al galponcito, el limonero envuelto en arpillera parecía un espantapájaros deforme. Más atrás, los canteros de acelga se alzaban verdes y frescos; sobre ellos la escar-

cha se confundía con rocío. El único árbol con hojas era un inmenso laurel, al fondo, entre los almácigos de zanahorias y las hileras de coliflores que empezaban a cogollar. Dentro del galponcito había olor a herramientas, a tierra y a aceite reseco. Frente a la ventana, sobre el banco de trabajo que Juan Carlos nunca utilizaba, se oxidaban leznas y tenazas, martillos, pinzas y gubias. Nilda miró debajo del banco y detrás de un aparador viejo pero la perra no estaba allí.

Sólo quedaba el gallinero. Era el último lugar posible. Si la perra no se había escondido entre las latas de aceite viejo que las gallinas usaban como nidos, la única posibilidad era que se hubiera vuelto a escapar a la calle cuando Juan Carlos salió para el trabajo. ¿Pitu? ¿Estás acá?, llamó Nilda desde el otro lado del alambre tejido.

Las gallinas se alborotaron y corrieron hacia la puerta. Creían que Nilda les llevaba las sobras, o que ya había llegado la hora del maíz molido. Nilda caminó entre ellas sin hacerles caso, espantó con la mano a las más insistentes. En un nido encontró un huevo recién puesto que todavía humeaba en el aire frío y en otro, una gallina vieja que se acurrucaba sobre la paja y se negaba a salir. El resto estaba vacío.

Un gemido largo surgió desde la esquina final del gallinero, detrás de una chapa oxidada que se apoyaba sobre la medianera. Nilda se acercó y levantó la chapa. La perra había armado allí una especie de cucha de trapos y pasto seco. Recostada sobre uno de sus lados, hacía fuerza y gemía con la cola escondida entre las patas traseras. Nilda se la levantó: un chorrito de sangre se escapó de la vulva dilatada.

Serás puta, dijo. Ya te han preñado de nuevo. Si se entera Juan Carlos te mata.

La perra recibió el reto con ojos angustiados.

¿Cómo hiciste para que no nos diéramos cuenta? Yo no te noté gorda.

La perra bajó la cabeza y la escondió entre las patas. Con el último gemido, por entre los labios oscuros apareció una cabeza brillante, cubierta de baba, que resbaló lentamente y cayó al suelo. Nilda tomó el bulto entre las manos. Estaba caliente. Con sus uñas perforó el moco de la membrana. Un hociquito rosado apareció y respiró por primera vez. Sin darle tiempo a nada, Nilda lo sumergió en el tambor donde juntaba agua de lluvia para regar las plantas. El cachorro alborotó el hielo delgado de la superficie y pareció nadar un instante, pero enseguida se quedó quieto.

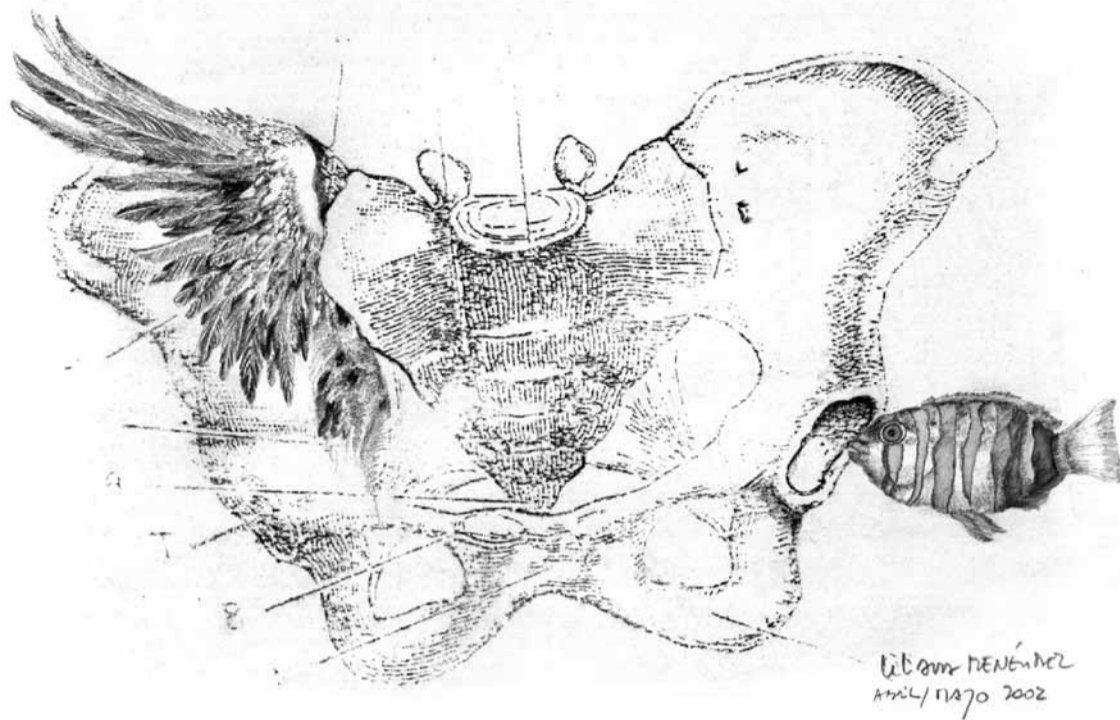
Después Nilda fue hasta la casa y buscó un banquito plegable, un par de guantes de lana y una manta tejida, con la que se cubrió la cabeza y los hombros. Se sentó en el fondo del gallinero, junto a la perra, a esperar. Media hora más tarde, nació el segundo cachorro. Nilda también lo sumergió en el agua helada. Nilda se quedó junto a la perra toda la mañana, sentada en el banquito, cubierta con la manta. A medida que nacían, zambullía a los perritos en el tambor. En total, Pitufina tuvo cuatro cachorros. El último nació con el pelaje completamente azul. A Nilda le pareció raro, pero lo ahogó igual. Después se sacó los guantes, buscó alcohol y limpió a la perra con un algodón empapado. La cargó en brazos y la llevó a la cocina. La perra temblaba. Nilda la acomodó sobre un almohadón, cerca de la estufa.

Tranquila, le dijo. Ya pasó. Ahora quedate quieta que acá está calentito.

La perra se hizo un ovillo sobre sí misma, levantó la pata trasera y se lamió la entrepierna.

Nilda se agachó e hizo girar un poco la llave de la estufa. A través del visor vio cómo la llama crecía hasta llegar al máximo. Se frotó las manos y las acercó al fuego.

Quietita que enseguida vas a entrar en calor, dijo y se sentó al lado de la perra, a esperar ■



PROHIBIDO FUMAR

DURANTE LA AUTOPSIA

Elisa Gagliano

“A otros el universo les parece honesto. Les parece honesto a la gente honesta, porque tienen los ojos castrados. Esta es la razón por la que temen la obscenidad. No experimentan angustia alguna si escuchan el grito del gallo o si descubren el cielo estrellado”
G. Bataille

Como peces chicos bajo ballenas, somos el daño colateral de la institución. De día purificamos el agua y de noche congelamos y cortamos. Somos una empresa apéndice que funciona en el subsuelo.

Se aprovecha el sistema de enfriamiento de la morgue nacional. Máquinas del siglo pasado que proveen la temperatura justa que se necesita para el rubro. Inspecciono envases antes de ingresarlos al área de lavado. Para tocar las barras congeladas hay que protegerse, sino la piel queda pegada y sangra. No me gusta mi trabajo. En agosto conseguimos que se hiciera una puerta de ingreso independiente a la del hospital, nosotros entramos por calle Jujuy, los de la morgue por Salta (es un detalle que funciona). Solo queda una escalera que conecta el subsuelo al resto del edificio. Pese a la división, conocemos a todos los doctores.

Hoy me quedo toda la noche. Afuera no se puede estar, camino apurando el paso. Ojalá viviera en un lugar sin cemento (tengo el pelo mojado por la transpiración). Las gotas de sudor tienen un gusto raro, como a manzana cortada con el cuchillo del asado. Cruzando la avenida, entre dos quioscos está la puerta. Afuera no

hay carteles, toco el timbre y Alfonso abre. Alfonso es el sereno del edificio, lo cuida todo. Le decimos el gato, porque siempre anda paseando y no hace ruido.

–Alfonso

–¿Cómo le va?

–Acá, bien. Miguel está enfermo, no viene. Hace calorcito afuera?

–Está para malla, Alfonso.

–Mira, y acá para cagarse de frío.

–¿Mirta?

–Bien, por lo menos.

El día pasa y llega la noche, pero estar acá adentro es como ir al shopping, salvando la delicadeza, el tiempo no pasa, solo cambia la percepción de algunas superficies. Traslado los envases de 20 litros hasta la llenadora automática (que es un carrusel de doce válvulas), los tapo, coloco la banda de seguridad, número de lote y caducidad. El hielo tiene fecha de vencimiento.

Conforme con mi productividad, preparo un mate y prendo la radio. Los azulejos deben tener siglos, microbios de cuántos años atrás vivirán entre las juntas... arriba charlan, cuando la fábrica está vacía se escucha la actividad de la morgue por los respiraderos.

–Un amante con mala suerte –dice un doctor.

–Yo me quiero morir así.

–Mejor no, mejor no, si se puede hacer todo.

–Sí, además con medias puestas...

–¿Y eso? ¿Qué tiene que ver?

–¿Cómo que qué tiene que ver?

Debe ser un muerto nuevo. Para soportar el no sé qué de trabajar ahí esa gente hace chistes raros. Camino por la sala y prendo las máquinas de la segunda fase. Estos aparatos son filosos, algún día me voy a cortar un dedo y alguien en algún lugar de esta ciudad va a tomarse un whisky con sorpresa. *Un hombre de billetera abultada es auxiliado por el 107 al atragantarse con un dedo que apareció en el centro del cubo de hielo que refrescaba su vaso, la falange, según testigos, apuntaba al firmamento.*

Las puertas de arriba que se cierran. El gato nunca entra ahí arriba. Dice que es desafiante al mismísimo demonio andar abriendo gente muerta. Subo el volumen y pongo a Gabriela Tesio. Prefiero los programas como este donde no hay silencio. Así todo sucede en los bordes de mi cabeza, nada ingresa. Paso las barras al cuarto de mantenimiento. La puerta que conecta el sótano a la morgue está abierta y Alfonso no está en el pasillo, es raro que no lo haya visto entrar ni salir ni subir. Silbo, pero no contesta, camino hacia la pieza negra (así le decimos en broma a la bellísima sala de disección).

Arriba del portal dice “Prohibido fumar durante la autopsia”. Esta gente está loca. Escucho pasos en la otra habitación y camino despacio. Pego la cara a la puerta de metal de la heladera –que es como un cuarto de hotel– y oigo un susurro. La heladera esta entreabierta, asomo la cabeza y de golpe y a mis espaldas siento movimientos rápidos, unas manos que me empujan y un *clack* contundente.

Los ojos tardan en acostumbrarse a la cantidad de luz, lo sé. Pero aquí no hay y no veo nada. Comienzo a acariciar la pared hasta entender la arquitectura. Avanzo rozando los paneles. El interruptor debería estar a la altura de mi pecho. Voy a gritar... pero encuentro la perilla. La luz es amarillenta y apagada.

No creo en dios, pero estar con diez cadáveres desnudos no es fácil. La belleza se transforma. El uniforme de trabajo me protege del frío, congelado no muero. Son diez, seis mujeres y cuatro hombres. Hay uno que tiene escrito en el brazo “El amante del zoquete”, entiendo que es un chiste, pero la risa ahora es un reflejo lejano. No encuentro ninguna forma de escapar. Huir requiere de confianza, no se escapa porque sí, se escapa porque uno puede pensar en sí mismo de manera heroica.

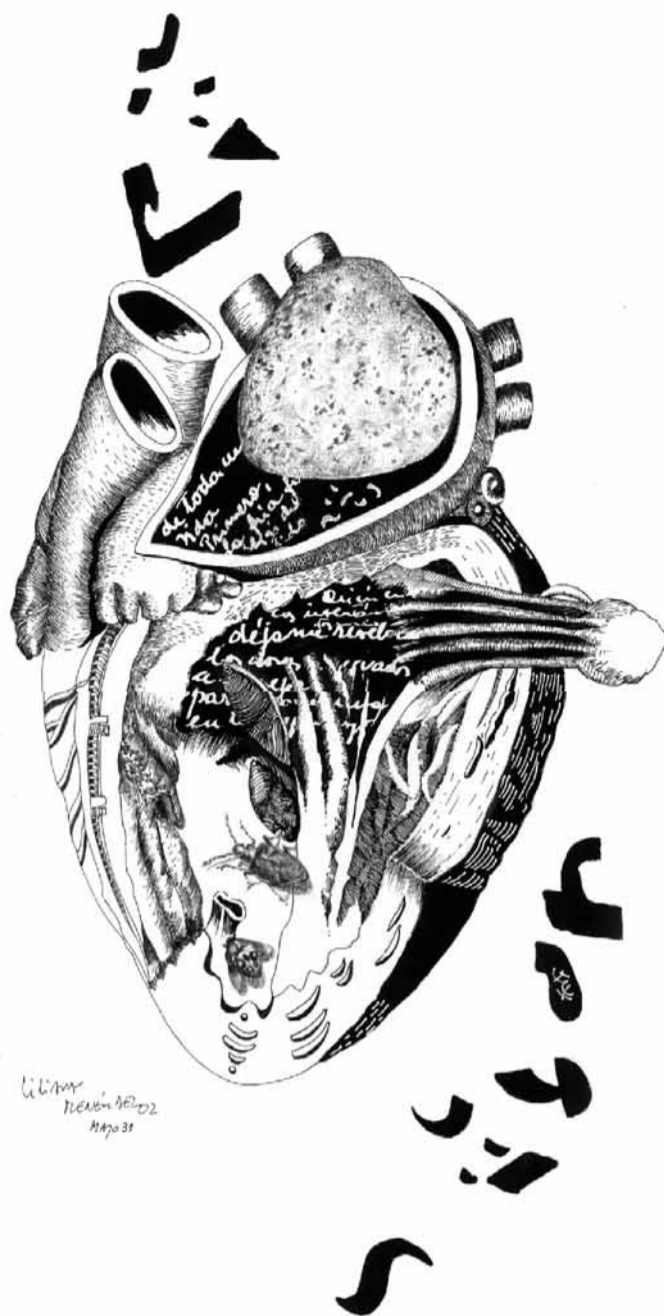
Cuando era chico quería irme de casa. Besar a mi hermana en la frente, juntar mis cosas y correr. Correr lejos y después volver. Mirar a mi padre a los ojos, insultarlo y rescatar a mi hermana de ese loquero. De casa me fui a los 25, resentido y sin honor. Hay deseos difíciles de cumplir.

Una mujer vomita. Sé que los cadáveres hacen cosas de vivos. Tienen cuentas pendientes en los intestinos. Algunos hasta pueden moverse. Me duele la panza y el traje me queda incómodo. Me duelen las articulaciones y necesito respirar mejor.

Una mujer acostada a mi derecha hace cosas raras. ¿Cómo habrá muerto? No tiene marcas, ni moretones, ni cortes. Parece dormida. Su piel es lisa y pálida. El pelo negro le cubre un hombro. Si existieran las princesas muertas, sería una. Hay un cartón en su pie derecho pero leerlo en voz alta sería una crueldad. Tomaste como mil pastillas. Hubiera lamido tu tristeza con mates y criollos. ¿Pasa el tiempo en una heladera? Afuera hay ruidos, afuera. Tengo el cuello duro y las rodillas tiesas. De pronto la puerta se abre. La luz me encandila. Alfonso y Miguel se ríen a carcajadas. Miguel, estabas enfermo.

–¡Te cagaste encima, boludo!

Tomo aire y salgo, los empujo bruscamente y voy hacia la escalera, cruzo el pasillo, abro la puerta y corro por la calle, llego hasta mi casa y sigo de largo. Camino hasta la plaza, hasta el centro y más allá de la ciudad. Pienso en el agua congelada, en mi hermana. Las lágrimas tienen gusto a manzana y carne ■



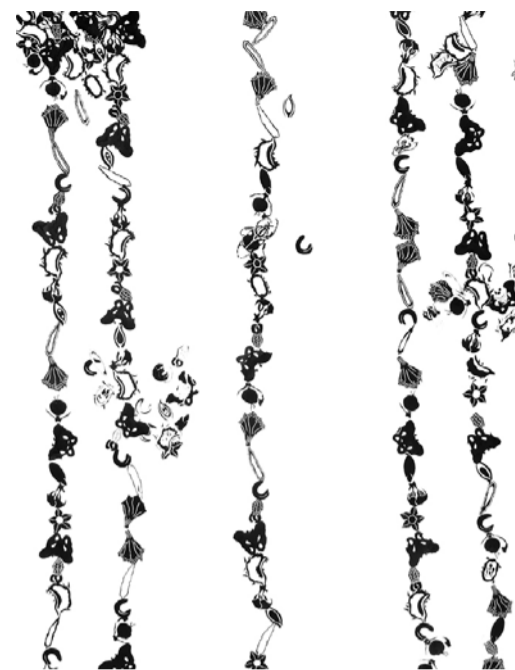
EL PASADO DE LOS NIÑOS

Diego Tatián

Decimos que el presente es efímero por haber olvidado. O por ignorar lo único que importa. Un día en la playa de un mar calmo, los piecitos en el agua y nada que termine, todo en medio de un sonido aún mayor (¿pero puede estar en medio lo que no termina?); a veces una pequeña ola, precisa, imprevista, llega desde alguna parte. Esa ola es el pasado de los niños. No una ola enorme y brava hecha de cosas desintegradas que ni siquiera sabemos si han sido nuestras, y arrastra todo a su caída, también al cuerpo indefenso abandonado a su golpe para una y otra vez recobrar de él hasta que ya no puede hacerlo. No esa ola, que vendrá después, sino una que es nítida, exacta, breve y deja todo intacto: lo que trae y lo que toca –acaricia, lame, moja. Esa ola, esa olita, abandona mansos en los pies, de a uno, seres y objetos que nunca dejaron de estar, aunque no se vean. El pasado de los niños es el presente inmenso de objetos aún no perdidos, todos ahí, ocultos en algún lugar del instante que se abre y se cierra pero nunca pasa. Lo que en esta precisa noche me pregunto es, ¿cómo llegó a la arena de esa playa, justo donde yo jugaba, eso que era

tuyo y dejaste ir sin que te dieras cuenta? ¿O lo quisiste perder a propósito para compartir el pasado con alguien? ¿Estabas mojada y tiritando, distraída, asombrada de nada? ¿Yo lo alcé o sólo miré y corrí hacia donde había adultos? Los seres se unen siempre en la niñez, aunque crean otra cosa. Mucho antes de saber el uno del otro. Tal vez por haber tocado casualmente el mismo objeto –un animal de bronce en el zoológico; la puerta de un colegio que no existe más; el disfraz de un hombre que baila en un carnaval de barrio–, o por haber mirado al mismo tiempo, con igual estupor, el cielo rojo de una tarde remota desde dos puntos distintos de la ciudad. Los seres se unen siempre en la niñez, cuando todavía falta mucho para que se conozcan. Por eso sienten tener un pasado compartido que parece no acabar.

Cuando los niños llegan su pasado ya estaba ahí, interminable como el mundo. Lo que aún no hay es porvenir. Pena de no saber nunca lo único que importa: cuándo comienza el pasado a ya no estar en el presente ■



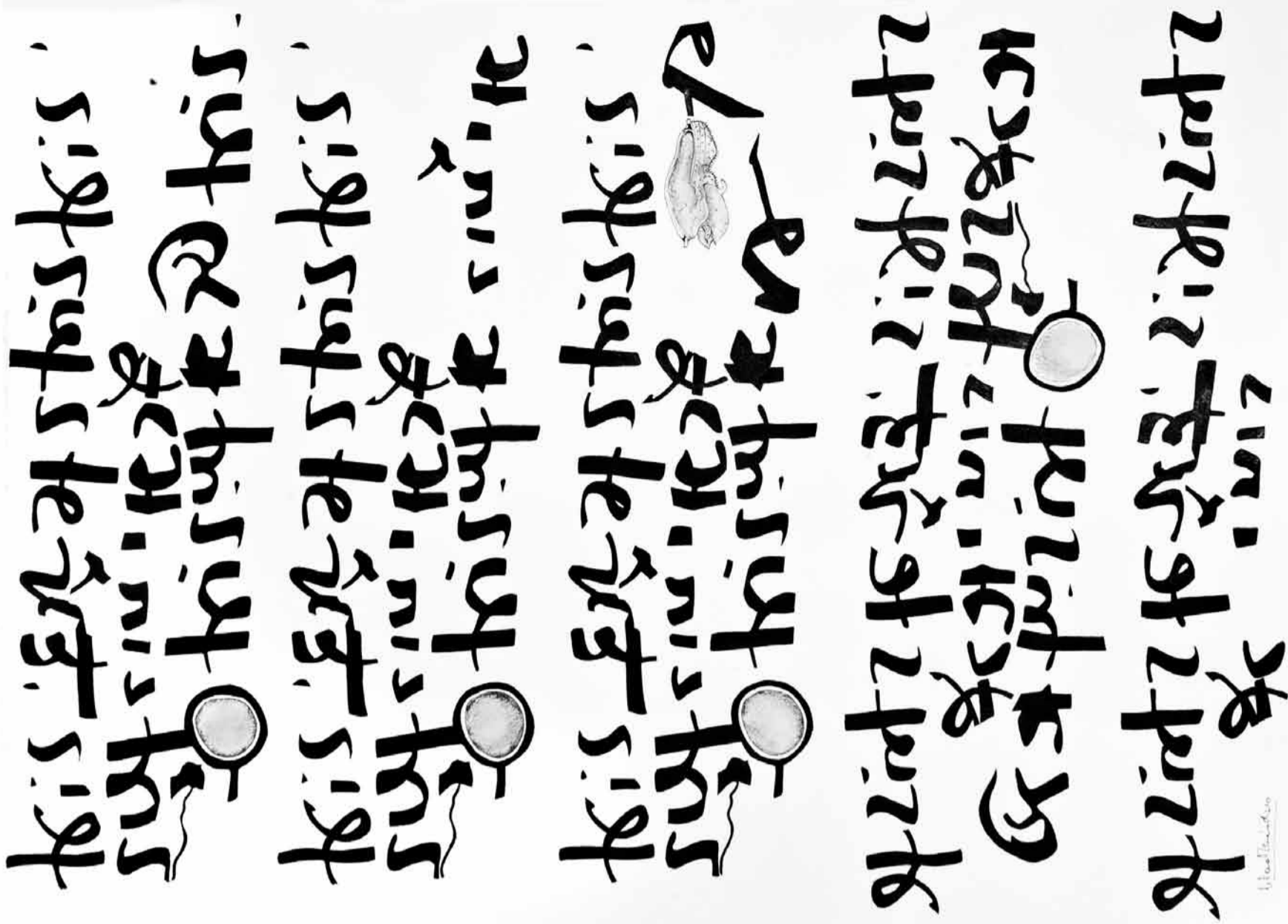
LA ATRACCIÓN

Diego Tatián

Alguien ha dormido. Lo primero que siente al recordar el mundo es una inclinación leve, aún leve, hacia un punto incierto del día intacto. Prevé la línea que trazará el recorrido de su movimiento de criatura entre las criaturas y descarta la recta, el círculo, la asíntota; sabe que será una elipse cada vez más estrecha por herencia de un vértigo que sigue ahí. No la simple herencia del día que acaba sino de infinitos seres de sangre caliente que dormían expuestos a ser hallados por seres de sangre fría, hambrientos, ambulantes de la noche. Una herencia anterior a la vida en los árboles. Lo pongamos en una historia.

Había una vez un mono que vio una liebre. Sintió un antiguo vértigo hacia el pequeño animalito de tierra que al detener su carrera produjo una depresión en lo que parecía estar vacío; sin embargo, no dismanteló los equilibrios, no alteró los lugares naturales, no precipitó hacia sí el agua, las hojas ni los frutos. Sólo el mono, animal de aire, sintió vértigo hacia el vacío de siempre ahora distinto, una arcaica tentación de tierra y el temor de no ser capaz, si cedía a ella, de volver a subir –o de tener que descender una y otra vez. Arrojó una rama. Luego un dátil y luego un nido abandonado. La liebre no se inmutó. Animal de aire, animal materialista, el mono se preguntó por la extraña fuerza que lo había capturado (se preguntó se provenía de él, de la liebre, o de lo que había al medio) y sin hallar respuesta se valió, por un tiempo breve, de su capacidad prensil para retener el lugar. Se preguntó también si ese temor a la tierra precipitado en su existencia por infinitas generaciones que subieron a los árboles para no ser devoradas le permitiría resistir la atracción de ese cuerpo veloz que pasaba por ahí y justo ahí dejó de correr. Se sintió abandonado de los que vivieron antes. Se sintió solo. Bajó despacio y caminó en dirección contraria a donde estaba la liebre. No llegó muy lejos. La rodeó a distancia y volvió a alejarse, ahora hacia el otro lado. Una y otra vez repitió el movimiento elíptico en torno de la liebre, que sólo prestaba atención, hasta que llegó la noche. Exhausto, después de muchas generaciones que no lo habían hecho, dejó caer su cuerpo sobre la tierra.

Nadie sabe si los peligros a los que quedó expuesto mientras se hallaba en el país del sueño se hicieron realidad. Nadie sabe por qué se atraen los cuerpos. Nadie sabe si la liebre también durmió ■



L. Menéndez: Paisaje de palabras II. Tinta y grafito sí/papel, 70 x 50 cm., 2010

TACKLEAR

Hernán Tejerina

Sabés algunas cosas del tipo, las suficientes. Sabés que escribe, que es astuto –alias ‘Neurus’, alias ‘Esteban’–. Sabés, sobre todo, que es un trofeo mayor. Y que lo querés vivo. Y que, como vos, reviste en Inteligencia. La cita es confiable –muy confiable–. El tipo va a venir. Lo estás esperando. Y los muchachos también.

La pistola, en el sobretodo, en uno de los bolsillos internos, junto a la billetera. El sobretodo te queda grande. “Bailás ahí adentro”, te ha dicho Lilia. Te gusta cuando ella te riñe, cuando ensaya alguna burla sobre tu calva incipiente, sobre tu obsesión por los detalles. Junto a la máquina se amontonan las copias de la Carta. Metés la mitad de ellas en tu portafolio. La cita parece fiable. Lilia tiene razón, el saco te baila. Y la pistola dentro del bolsillo también. Mejor, la encajás en la cintura.

Lo peor es esperar. Muchos cigarrillos. Y chistes. A medida que pasa el tiempo los chistes tienen menos gracia. Podés conocer a un hombre por los chistes que cuenta, después de tres o cuatro chistes es difícil escuchar alguna ironía. Al Tigre, por ejemplo, le

encantan los chistes verdes. A casi todos los otros también.

Ves los tres sombreros sobre la mesa. Agarrás uno de paja. Le ponés el seguro a la pistola y la volvéis a calzar en la cintura. Te parás un instante frente al espejo. Ves la imagen de un viejo que, acaso, sea profesor universitario.

Un buen disfraz se construye de adentro hacia afuera. Por eso, siempre pensás una biografía para tu disfraz. Te mirás en el espejo: el saco es uno o dos talles más grande. Te ponés el sombrero de paja. Sí, es la imagen de un viejo profesor. Alguien que ha creído. Un humanista en alguna vaga versión burguesa y republicana. Aficionado al ajedrez y asiduo lector de novela.

Uno de los muchachos cuenta un chiste de Jaimito. El Tigre ríe. “¿Cómo se dice suegra en alemán?”. El Tigre lo sabe. Una mina tira un loro apaleado al inodoro. El bicho agoniza. Al rato la mina se sienta sobre el inodoro. Orina al moribundo. El loro alza la vista y piensa: “Si no te morís vos con ese tajo...”. El Tigre ríe.

Al cabo de un rato se repiten los chistes. A vos no te dan risa. Preferís otro tipo de humor.

Entonces ella te mira. Están en Constitución. Han quedado en que mandarán las cartas cada uno por su lado. Y en que se reencontrarán mañana.

Concebiste la Carta al modo latino, como una catilinaria para este primer aniversario del régimen. La ves y te mira, se demora en tu figura, en tu sombrero de paja, en tus lentes culo de sifón, en el sobretodo viejo. Te saluda con la mano.

Un hombre no puede esconderlo todo. Un hombre no puede disfrazarlo todo. Más pelo, menos pelo: sí. Bigote. Barba. Con anteojos. O sin. O a cara limpia. O totalmente rapado. Un rostro desnudo. Todo confunde y sirve para camuflar. Todo, salvo los ojos. Pero digo mal, Tigre, no los ojos sino la mirada... Si uno podría ‘disfrazar’ sus ojos, igual no podría disfrazar su mirada. La mirada afloraría por sobre los ojos disfrazados. Un tipo de 50 no puede ‘apendejarse’. ¿Me entendés Tigre?”. El tipo va a venir avejentado, ya vas a ver.

El Tigre fuma.

Hace un rato, mientras esperabas el tren a Constitución, apareció Gómez, el tipo que te ha vendido la casa en San Vicente –tu casa de estos últimos meses–. “Freyre”, ha dicho, “qué bueno encontrarlo”. Gómez lleva entre sus ropas el boleto de compraventa y te lo entrega. El ‘incidente Gómez’ es menos una sorpresa que una incomodidad: la de andar con algo encima que te delate. Freyre reacciona como Freyre debe reaccionar. Gómez se va. Mirás tu reloj, no tenés tiempo suficiente para ir a tu casa y dejar allí el boleto. Tendrás que cargar con ese papel si querés llegar a tiempo a la cita. Aún tenés el papel en tus manos cuando llega el tren. Lo guardás en el bolsillo interno del saco donde habías guardado la pistola. Sabés que estás siendo incoherente con la biografía de un profesor universitario que alguna vez creyó en algo. O quizás no, quizás, uno de los modos del humanismo sea un boleto de compraventa en el bolsillo interno de un saco.

¿Cuántos tipos se parecen a él? Varios. Un tipo de mediana estatura, de mediana edad. Miope, un poco calvo. Flaco.

Chau Lilia.

El quebrado está en el auto, al lado del Tigre. Aguantó tres días. El Tigre lo quebró. Ahora, entre el Tigre y él hay algo que evoca a una vaga relación filial. Un quebrado es como un leproso. ‘O un puto’, pensás. Algo repulsivo.

Conocés al pibe que te ha tirado la cita. Fiable...

Están los que esquivan y los que tacklean. Te gusta tacklear. Preferís un buen tackle a un try. Adrenalina

pura. Un tipo en movimiento y vos como cazador de ese tipo. Hundís el mentón en el pecho y atenazás apenas por arriba de la cintura. Un buen tackle es un acto quirúrgico. Parte al medio. Atonta a la presa. Un buen rugbier. Y un buen marino, lo saben. Los muchachos han convenido una zona tras la cual, el tipo es tuyo. Ahí podés tacklearlo. Adrenalina pura.

La cita es en una avenida del sur. Caminás atento a cada movimiento. El portafolio ha ido quedando vacío a medida que vas dejando la carta en los diversos buzones del Correo.

Tres veces, en la última hora, creíste verlo llegar. En dos oportunidades, el quebrado hizo señas de que no era el tipo. En la otra, te bastó mirarlo para saber que no era él. El Tigre comienza a impacientarse con su ‘hijo’ quebrado. Vos prendés un cigarrillo. Te alejás unos pasos.

Ya estás en la zona y no distinguís al compañero. Seguí caminando. Leve vacilación. Hacés como si fueras a detenerte, pero seguí. Paso cansino. Ves dos o tres tipos: no encajan. Y ahora te miran. También en ellos hay una ligera vacilación. Otros dos tipos más comienzan a acercarse. Alguien putea. Sin soltar el portafolio, llevas tu mano a la cintura. El sitio es una ratonera, si intentás correr sos un blanco fácil. Te parapetás tras el árbol junto al cordón de la vereda. Alcanzás a ver a uno de los tipos que ha tropezado. Escuchás el primer disparo.

No te demorás en figuras, solo en miradas. Por eso, más allá del sobretodo viejo y el sombrero de paja, te basta tenerlo a unos pasos y clavarle los ojos para darte cuenta. Durante un instante, tu mirada y la suya, coinciden. Una fracción de segundo. Lo suficiente para darte cuenta que es él. Está a dos pasos de la línea que

habían convenido con los muchachos para detenerlo. Hundís el mentón en el pecho. Uno de los hombres del Tigre putea. Salís disparado. Él, casi con parsimonia, gira sobre sus pasos. Lleva maletín. No lo suelta. Se esconde detrás de un árbol. Dispara tres tiros seguidos. “Pelotudos, lo queremos vivo”, pensás.

Muchas veces cavilaste sobre la posibilidad de este momento pero ahora que llega no podés dejar de sentir cierta sensación de irrealidad. Sabés, objetivamente, que no hay paridad de fuerzas y que sin paridad no hay chances. Apoyás el maletín en el suelo. Con una mano sentís la pistola, con la otra, la rugosidad del tronco del árbol. Disparás. Los tipos se van desplegando en abanico. Los balazos astillan el árbol.

Saliste disparado buscando al tipo apenas si por arriba de la cintura. ¿Te vio venir? Se movió justo. Retrocedió un par de pasos, se metió detrás del árbol. Casi pudiste sentirlo con la punta de los dedos. Entonces algo pasó, acaso te jugó una mala pasada la ansiedad. El hijo de puta se te escapó por centímetros. Caíste al suelo y te raspaste las palmas de las manos contra la vereda. Te falló el tackle, te sobás las manos. “Pelotudos, lo queremos vivo”, gritas por sobre el ruido de los balazos que lo derrumban junto al árbol.

Noticia Mínima

El 25 de marzo de 1977, integrantes del Grupo de Tareas 33/2 de la Escuela de Mecánica de la Armada a mando del capitán de corbeta Jorge Eduardo “El Tigre” Acosta intentaron capturar con vida a Rodolfo Walsh. Ante la resistencia de éste, se produjo un tiroteo que acabó con la vida del escritor. Alfredo Astiz integraba aquel comando, su misión era tacklear a Walsh apenas traspusiese la zona prefijada por sus superiores ■

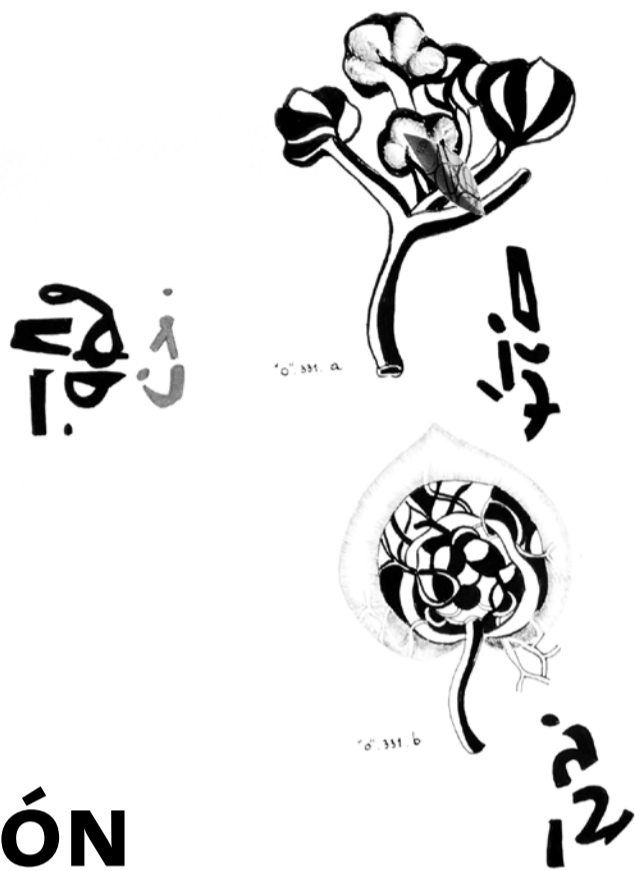


1918
Librería

LIBROS Y REVISTAS UNIVERSITARIOS
PUBLICACIONES DE LA EDITORIAL DE LA UNC

Consulte nuestro catálogo completo en
www.unc.edu.ar/institucional/perfil/editorial

Obispo Trejo esquina Caseros | Córdoba
Lunes a viernes 10 a 20 hs. Sábados: 9:30 a 14 hs.
info@editorial.unc.edu.ar | [facebook libreria 1918](https://www.facebook.com/libreria1918)



L. Menéndez: "O" 331. Serie Las Flores del mal. Dibujo, técnica mixta s/papel, 50 x 35 cm., 2011

VISIÓN

Diego Vigna

Estoy por consultar a José Manuel, un vidente que durante la semana atiende en un local de una galería céntrica. El dato me lo pasó mi suegra: ella forma parte de su clientela fija y lo visita con cierta periodicidad, al final de cada cuatrimestre. En mi caso, creo que decidí *hacerme ver* para aprovechar la falta de equilibrio que produce el comienzo de cada año. Pedí un turno hace unos días y aquí estoy siguiendo las instrucciones de la espera, sólo para escuchar alguna certeza de alguien que no asegure ser parte de mi familia.

El escritorio donde José Manuel recibe a sus clientes es bastante angosto, y la sala, ahora, está llamativamente oscura. Lo primero que se me viene a la cabeza en este asiento es el chiste clásico de la profesión: dos videntes se encuentran en la calle y uno le dice al otro: "Qué alegría encontrarte, negro. Vos andás bien, ¿y yo?". José Manuel no es negro ni está contentísimo con mi visita, pero así y todo me recibe con un gesto sereno, casi amigable. Y me invita a charlar.

Tiene un hermoso sillón de oficina, con el respaldar alto. Se acomoda la vincha que le tapa la frente (eso infla aún más su peinado); se frota los dientes con las yemas de los dedos y, antes de saber mi nombre, me pide que le detalle los datos más importantes que vine a buscar a su local.

Según el procedimiento del Manual de Videncia, es el *profesional* el que decide el rumbo y las posibles bifurcaciones del diálogo. Por eso José Manuel elige una de mis preguntas al azar, luego de hacer unos movimientos en círculo con la cabeza, y dice que me voy a quedar definitivamente pelado el 7 de septiembre de 2012,

cerca del mediodía. Yo le digo que no, que no puede ser, porque esa misma noche tendría que ir, como todos los 7 de septiembre, al cumpleaños de mi mejor amigo de la adolescencia. Pero él repite la fecha con tanta seguridad que, de un momento a otro, me brota un miedo difuso, el peligro latente de que mi amigo no llegue vivo a su propia fiesta (uno de los eventos más tradicionales de la ciudad). Le pregunto entonces si el festejo de esa noche lejana corre algún riesgo: dice, con calma, que no, que una cosa no tiene nada que ver con la otra. Y me aclara que ese tipo de digresiones también cuentan como preguntas y respuestas.

José Manuel pone los ojos en blanco y repite: 7 de septiembre de 2012. El último de los pelos. Al mediodía.

–Pero cómo –le digo–: ¿vos querés decir que voy a llegar a esa fiesta sin un solo pelo en la cabeza?

–No –dice José Manuel–. Ese mediodía se te va a caer el pelo del final. Lo que aguante hasta esa fecha, allí quedará.

–Todo lo que quieras, José –insisto–, pero con eso no hacemos nada. Si esa noche tengo semejante fiesta, necesito saber de última cómo va a ser la forma de mi pelada. El dibujo de lo que quede, la orilla entre la piel y el pelo.

–Pero eso no tiene relevancia alguna –me dice José Manuel.

–Y eso no es más que tu opinión –lo interrumpo–. El que decide lo que importa y lo que no, soy yo. Para eso te pago.

–Estás equivocado, Ramón. Lo que tiene que importarte es la forma de lo que va a quedar adentro –dice.

Me quedo callado, para no complicar aún más las cosas. Parece que José Manuel, cuando discute, te adivina el nombre. Aprovecha mi silencio para volver a

frotarse los dientes (en esos dedos tiene algo blanco que no es ni pelo ni dentífrico) y también se acomoda la vincha, con delicadeza. Espera a que yo siga hablando.

–Yo te pago por vidente, no por psicólogo –le digo.

–Vos me pagás para que te dé respuestas.

–¿Y no podés saber la forma que va a tener *todo esto* del lado de adentro?

–Por supuesto –dice José Manuel–. Va a tener la forma de tu pelada.

–Pero fijate si podés dibujar el contorno de esa forma –le pido por última vez, y señalo unos papeles apilados sobre el escritorio.

Mira los papeles y dice:

–Para eso tenés que abonar otro pack de preguntas.

José Manuel, como tantos otros tipos talentosos que conocí en mi vida y que también trabajan *en negro*, me está tomando el pelo. Festeja en silencio sus palabras y deja escapar una sonrisa diabólica, llena de dientes frotados con algo blanco en las yemas de los dedos. Yo me convenzo, frente a ese último gesto, de no pagarle un solo peso por las respuestas que hasta aquí me ha dado. Ya tengo algo de lo que vine a buscar y, si quiere matarme a trompadas por no pagar la consulta, va a tener que romper toda su oficina. Nos guste o no, él tiene la certeza de una discusión ganada. Yo, la de una fiesta que forma parte del futuro, una *dimensión* en la que voy a estar bien vivo, acompañado y coleando.

Al mechón disperso que tengo en el lugar del flequillo también le auguro mucho más tiempo y frondosidad que la que supuestamente me indica el destino. Después, en todo caso, llegará el momento de descubrir mis nuevas formas ■



UN DÍA DE PESCA

Javier Quintá

–Abajo, Kati, vamos. ¿Qué pasa, Katita? Deje de moverme esa cola para todos lados. Abajo te digo. Mirá que te quedás encerrada, ¿eh?

Como le faltaban algunas cuerdas para llegar, Andrés tomó un atajo y se coló por un alambrado hasta llegar a una zanja.

–Vamos, Kati, salte, muy bien.

Llevaba una caña, el balde y la mochila. Un buzo *Adidas* atado a la cintura y unas botas de goma que cuando caminaba hacían un ruido como de sopapa. Y encima la perra se le metía entre las piernas.

–Basta, Kati.

Bordearon el lago y treparon por un barranco.

–No te puedo alzar, bebé. Vamos, dale.

En el muelle, Andrés apoyó la caña contra una baranda y observó el paisaje. La montaña, el Cristo blanco a mitad de camino entre la cúpula del templo y unas antenas destartadas en la cima; el sendero que conducía desde la ruta y trepaba por la ladera y se perdía en varias partes, tapado por los árboles. Un poco más acá, en la costa, Andrés vio un bote atado con una sogá a un bidón blanco. La luz del sol hacía prismas en el agua.

–¡Kati!... ¿Dónde estás? ¡Kati, Kati, Kati!... Katita... Shiiiiishiii, shiiiiishiii. Venga, Kati. Venga con papá. ¡Kati! ¡Katiana!

La perra apareció con la lengua afuera y las patas mojadas. Del lomo le chorreaban unas gotas marrones y en el hocico tenía costras de barro.

–No, acá no, vaya para allá. Mire lo que hizo, carajo... la mochila empapada.

Sacó el reel y lo enroscó a la caña, deslizó la tanza por cada uno de los pasadores, enganchó el balancín y ató al anzuelo una masa espesa y amarilla que había sacado de un frasco. Hizo para atrás como para lanzar...

–¡Kati! Fuera. Sos pelotuda o te hacés. Vaya para allá, dije.

La perra seguía atenta el movimiento pendular del anzuelo.

–Sí, hacete la viva. Cuando te lo tragués vas a ver.

A lo largo de la costa se extendía una gruesa capa de ramas y hojas secas. Un manto oscuro y espumoso lleno de basura, etiquetas, bolsas y botellas de plástico. En el medio de ese rejunte un pescado flotaba con las aletas duras y en punta como un chuchillo.

–Venga, Kati, venga para acá. Vení para acá, te digo.

Un bicho negro salió por el ojo del pescado y caminó por las escamas hasta perderse en las branquias. Andrés dejó la caña y empujó el pescado con un palo para alejarlo unos metros. Tuvo que taparse la nariz, parecía uno de esos globos duros hecho de yeso y pedazos de diarios.

–Deje eso, Kati. Suelte, carajo, vaya para allá.

La perra paró las orejas.

Un hombre apareció con un balde y una caña, levantó la mano. Buen día, dijo, y se sentó en uno de los pilares que aún quedaban del viejo muelle. Era un hombre alto, la espalda robusta y barba desprolija. Una boina roja le cubría la cabeza. Traía una bolsa de arpillera, sacó una tira de pan y una madera del tamaño de su brazo. Con las dos manos, primero, trituró el pan y esparció las migas en el agua, enseguida, se sentó a tallar la madera.

Andrés lo vio hacer cortes precisos con una navaja. Después juntar cada uno de esos pedacitos que caían y guardarlos cuidadosamente en su bolsillo. El viejo ni siquiera había tocado su caña que estaba sobre un costado y que parecía más bien un palo para limpiar telas de araña del techo. No tenía tanza ni pasadores, sólo una pluma roja salía de la punta. “¿Será posible? ¿Dónde carajo se metió ahora?”. No veía a la perra por ninguna parte.

–Vaya que yo le cuidó –dijo el viejo, como si le hubiera leído la mente.

–Ah, muchas gracias –dijo él, y volvió por el mismo camino-. ¡Kati, Kati!

La brisa movía la copa de los árboles. Detrás de las sierras algunas nubes avanzaban dispersas. Andrés se frotó los brazos antes de subirse a un montículo de tierra para poder ver mejor. No había rastros de la perra por ningún lado. Regresó.

–Lindo bicho –dijo el viejo, acariciándola detrás de las orejas.

–Pero si ahí estás, perra boluda. ¿Dónde te habías metido? Quieta. Quieta he dicho. No se queda quieta ni un minuto. Muchas gracias.

–No tiene por qué.

–¿Quiere un cigarrillo?

–No, no fumo.

Andrés encendió uno y aspiró profundamente.

–Se viene la lluvia, ¿no?

–Parece.

El viejo detuvo su trabajo y apoyó la madera en el piso. Limpió entre las cavidades con un trapo y se alejó para obtener una mejor visión.

–Su perra tiene un problema, ¿sabe? –dijo, mientras volvía a retocar algunas partes de la escultura. Andrés, dispuesto a continuar con la pesca, aplastó el cigarrillo y miró al hombre.

–¿Cómo dice?

–Yo que usted la hago ver. A lo mejor no es nada, ¿vivo?

–¿Qué tiene?

–Un bulto, ahí, mire, se lo acabo de tocar. Cuando menos se dé cuenta, no le quedan ni los huesos.

–¿Le parece?

–Es así.

Andrés no dijo nada. Apoyó el mango de la caña en su rodilla y con la otra mano alisó las orejas largas de la perra.

–¿Usted siente ese olor? –preguntó el viejo después.

–Es un pescado podrido. Lo corrí un cacho para allá, pero fue al pedo.

–¿Y sacó algo además de una carpa podrida?

–¿Cómo?

El viejo soltó una carcajada que terminó en una tos gruesa.

–Es chiste.

–Ah, sí.

–Pero lo de su perra es en serio, ¿eh? Lo tiene en un costado, es una pelotita.

–Vení para acá vos, a dónde te creés que vas, deje eso. Quedáte quieta, Kati.

Andrés tomó la caña, dio un tironcito y recogió rápido. El viejo, por su parte, levantó la escultura y la colocó mirando hacia el lago: era una figura extraña, se distinguían la cabeza y las extremidades, con una especie de joroba que le salía por detrás como un caparazón. Listo, dijo el viejo. Agarró la caña, le quitó la pluma que tenía en la punta y sorprendentemente extendió un tramo, de donde colgaba una línea con un anzuelo dorado. Se arrodilló y se persignó. Se puso la pluma en la oreja, colocó la carnada y así, desde el piso, lanzó lo más lejos que pudo. Uno, dos minutos más tarde, la caña se tensó y se dobló a tal punto que Andrés hubiera jurado que se quebraría. El viejo tironéó y hasta se dio el lujo de maniobrar y soltarle unos metros de tanza, por pura diversión nomás, porque al instante se paró y comenzó a recoger tranquilamente como quien tiene la presa asegurada. Un pejerrey hermoso, brillante y firme, saltó en el agua. El viejo lo tomó con las dos manos y lo desenganchó con cuidado. Andrés nunca había visto uno así, de ese tamaño.

–Un poco chico para mi gusto –dijo el viejo. Lo metió adentro de la bolsa junto con el resto de sus cosas y la escultura.

–Adiós –dijo, y se fue.

Andrés se quedó un rato sin decir palabra. Se había nublado y una leve llovizna le pegaba en la cara. La perra montaba guardia a su lado.

–¿Qué te pasa, bebé?

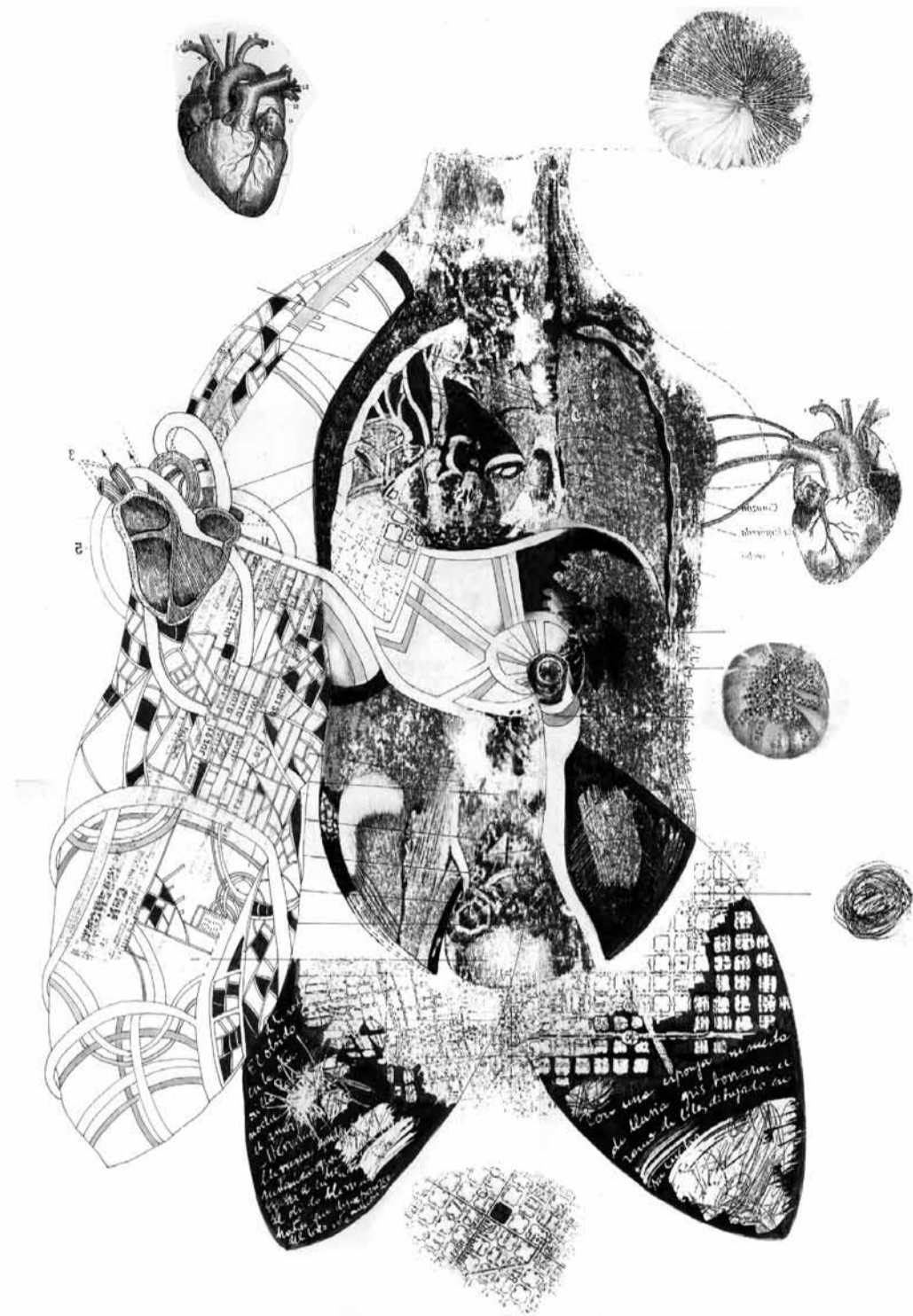
La perra ladró una vez. Luego otra y otra.

–Ya vamos, mi amor, tranquila que no pasa nada –le dio unas palmadas en el lomo mojado y ella, inmediatamente, se arrojó a sus pies, panza arriba y agitada, movía las patas delanteras.

Andrés aprovechó y la palpó detrás de las orejas, en el cuello, entre las costillas. De pronto apartó la mano.

–¿Qué tenés, Katita? –le dijo.

La perra lo miraba extasiada. Hacía frío. La tarde caía y aún no había tenido ningún pique ■



L. Menéndez. Pasaje de vuelta. Dibujo, técnica mixta s/papel, 50 x 65 cm.

VIETNAM

Santiago Ramírez

Gonzalo se sentó en la barra a esperar los lomititos. Del otro lado, el Tano tomaba pedidos por teléfono:

Y... veinte minutos más o menos. ¿Con cuánto va a pagar? Ok, perfecto, buenas noches.

Después de colgar, fue hasta una ventanita que daba a la cocina y un chico le pasó seis cajas grises. El Tano las acomodó una al lado de la otra arriba del mostrador. Sobre las tapas de las cajas, anotó con lapicera la dirección de cada pedido y el precio, según el tamaño del lomito. Podían ser chicos o grandes, y todos se preparaban con la mayonesa de ajo que era la marca registrada del bar.

Acá tenés cambio, le dijo al repartidor. Metele que entraron un montón de pedidos.

El repartidor dejó el casco sobre la barra para acomodar el dinero. Antes de salir sacó el gorro de lana del bolsillo de la campera.

Al rato, entró una parejita tomada de la mano. Gonzalo les dio unos veinte años. Cuando los vio, recordó la primera época de su relación con Sofía, cuando iban

a bailar a los boliches de la zona. Ahora preferían una película alquilada, estaban a punto de recibirse y le habían perdido el gusto a traspasar, a levantarse los domingos a las dos de la tarde.

El chico pidió dos lomititos grandes para llevar y esperó abrazado a su novia, frente a la barra.

¿Con cuánto vas a pagar?, le preguntó el Tano.

Con cincuenta.

¿Y vos, flaco?

Con veinte, respondió Gonzalo. Iba a decirle que a uno de los lomititos, le pusiera mucha mayonesa cuando vio entrar a un tipo de jogging y campera Adidas. Era ancho y macizo. El Tano sacudió la cabeza al verlo.

Oíme, Charly, no quiero problemas, dijo.

Charly ni se mosqueó. Pasó a una de las mesas que eran de plástico, igual que las sillas y pidió una Quilmes. Sobre las paredes del bar, había posters con formaciones de Belgrano, recortes de diario amarillentos, retratos de jugadores. Antes de sentarse, se puso en puntas de pie para encender el televisor que colgaba del techo y cambió de canal con los bo-

tones manuales hasta que apareció una toma aérea del Chateau Carreras.

¡Vamos, carajo!, gritó. ¿El control remoto, Tano?

Se afanan las pilas, dijo el Tano, no grites. Sacó una botella de cerveza de la heladera y la llevó a la mesa, junto con un vaso largo. El teléfono no paraba de sonar.

Charly probó la cerveza y miró a los jugadores entrando al campo de juego bajo una lluvia de papeliitos. La voz del relator se imponía a los cánticos, al estallido de las bombas de estruendo.

¡Esa es una hinchada, carajo!, gritó.

En las otras mesas sólo había un par de viejos frente a sus tazas de café. De pronto Charly se paró y fue hasta la barra. La parejita se hizo a un lado.

El maní, Tano. ¡Dale que ya empieza!

Ya va, dijo el Tano mientras cubría el auricular del teléfono.

Charly tamborileó sobre la barra.

¿Te das cuenta?, le dijo a la chica, levanta la guita con pala y se caga para contratar un mozo.

La chica miró para otro lado.

Qué decís, bombón... ¿Es así o no es así?
 Dejála en paz, dijo el novio.
 Charly arrugó la frente. ¿Y a vos quién te habló?
 Charly, dijo el Tano.
 Charly, las pelotas, quién se cree que es éste para hablarme así.
 Andá a sentarte, los chicos están esperando sus lomitos.
 Me importa una mierda, dijo. Se acercó a la chica y con delicadeza le acomodó el pelo. ¿Qué me vas a hacer si no la dejo en paz?
 El chico se le fue encima. Charly lo empujó contra la barra. Un vaso cayó y se estrelló contra el piso.
 ¿Y...? Dale, cagón. ¿Qué vas a hacer?
 Gonzalo tenía el corazón acelerado, las manos frías.
 ¡Charly y la puta que te parió!, dijo el Tano.
 ¡Adrián, vamos!, dijo la novia. Lo agarró del brazo. Vamos, por favor...
 El chico se quedó donde estaba unos segundos. Finalmente ella logró llevarlo hacia la puerta.
 ¿Sabés lo que me enferma?, dijo Charly, apoyándose sobre Gonzalo, que se hagan los héroes cuando no les da el chasis. ¿Le viste la pinta a ese pendejo? Era una hilacha y encima quería pelear.
 Gonzalo hizo una mueca incómoda.
 Oíme, la próxima llamo a la cana, dijo el Tano.
 Dejá de hablar boludeces y tráeme maní de una vez por todas.

II

Gonzalo entró al aire tibio de su departamento, se sacó la campera y dejó los lomitos sobre la mesa. Había dos platos, dos vasos, un rollo de cocina. Sofía estaba acostada en el sofá cama, frente al televisor encendido.
 ¡Por fin, amor!, dijo ella. Me muero de hambre.

Vení, comamos.
 Gonzalo sacó los lomitos de las cajas y los cortó en dos. Puso las porciones de papas en un plato hondo. Sofía fue hasta la cocina y volvió con una Coca y un salero, tenía unas pantuflas que le quedaban grandes. ¿Pediste el mío con mucha mayonesa?, preguntó.
 No, me olvidé.
 ¡Amor!
 ¡Me olvidé, Sofía! No lo hice a propósito.
 Bueno, ya está, no importa.
 Después de comer, se acostaron en el sofá bajo una colcha. Gonzalo agarró el control remoto y encontró una película que recién empezaba: los créditos iniciales aparecieron sobre la imagen de un chico que nadaba en las profundidades de un lago. La secuencia, acompañada por una melodía alegre de violines, alternaba imágenes del fondo del lago con tomas del chico buceando. A medida que avanzaba, el pelo rubio se movía suave, con una lentitud ondulante.
 Mirá si alguien va aguantar tanto tiempo sin respirar, dijo Sofía. Buscá otra cosa.
 Shh, ni siquiera sabés de qué se trata.
 Sofía agarró el control remoto pero Gonzalo se lo arrebató un segundo antes de que cambiara de canal. Ella le metió las manos bajo las axilas y le hizo cosquillas; entre risas y forcejeos terminaron abrazados, besándose. Sofía incorporó la mitad del cuerpo y se desprendió el corpiño sin quitarse la remera, dijo que se la dejaba puesta porque tenía frío. Gonzalo le desabrochó el pantalón y se lo sacó, le sacó la bombacha...

Por encima de la cabeza de Sofía, recostada sobre su pecho, Gonzalo volvió a la película donde un grupo de soldados cruzaba una selva que parecía Vietnam, el aire era húmedo, pegajoso, la luz del sol se colaba entre árboles de grandes hojas verdes. Uno de los soldados desplegó un mapa, otro sacó una etiqueta de

cigarrillos del casco. Gonzalo dijo que uno de ellos seguramente era el chico del agua, que había crecido. Es tarde, dijo Sofía. Mañana tengo que estudiar. Estudiás acá, yo te cebo unos mates.
 No puedo estudiar acá.
 Dale, me da fiaca ir hasta tu casa. Afuera está helado. No hace falta que me acompañes, voy sola.
 Se vistieron. Sofía lavó los platos y los vasos, guardó las cosas que iban en la heladera. Antes de salir, Gonzalo anudó la bolsa de basura del tacho y la dejó en un cuartito del palier.
 Subiendo por la avenida Hipólito Yrigoyen oyeron, a lo lejos, el ulular de una sirena, eran las dos de la mañana y el aire de la noche estaba helado. No se veía a nadie. Sofía estaba hablando sobre la materia que le tocaba rendir cuando vieron venir a un hombre a unas cuadras. Gonzalo lo observó: era alto y robusto. Había decidido ignorarlo pero cuando lo tuvo a unos metros el hombre lo encaró.
 ¿Tenés fuego?, le dijo mostrándole un cigarrillo.
 Gonzalo sacudió la cabeza sin detenerse.

En Independencia doblaron a la derecha e hicieron seis cuadras hasta el edificio de Sofía, que quedaba frente a la tapia del colegio Deán Funes. Se dieron un beso largo, Gonzalo la vio subir al ascensor a través de la puerta vidriada.
 Mientras volvía caminando, las manos en los bolsillos de la campera, imaginó a Sofía en su pieza, a salvo. Eso lo tranquilizó. De pronto algo brilló junto al cantero de un edificio. Se acercó: era una botella de cerveza. La agarró del pico, miró que no viniera nadie, y la golpeó con fuerza contra el borde de piedra. Se oyó una explosión hueca, el ruido de los vidrios cayendo a la vereda. Gonzalo miró la mitad que le había quedado en la mano y con la yema del dedo probó el filo de una de las puntas ■



Derechos Humanos > Niñez > Género
 Salud > Trabajo > Cultura
 Formación Política > Museos
 Solidaridad Estudiantil > Ambiente

Conocé todas las propuestas y formas de participar:
 prensaextension@seu.unc.edu.ar
 0351-4334065 – 66 ó 68 – Primer Piso del Pab. Argentina

www.unc.edu.ar/extension

facebook secretaria de extensión

@extensionunc



Secretaría
 de Extensión
 Universitaria

INSEGURO



Emanuel Rodríguez

Vio pasar el taxi y lo tomó. Aunque tuvo toda la apariencia de uno de esos actos arrebatados en los que la gente suele sorprenderse a sí misma haciendo algo ligeramente alocado, M. no podría decir que fue un impulso. Más bien fue el resultado de unos años, varios, durante los que había acumulado un deseo de pasar por el frente de la casa de Clara. No tocar el timbre, claro que no. Ni siquiera quedarse un rato. Más bien pasar, ser una especie de viento que no altere demasiado las cosas, con la velocidad justa como para obtener un dato mínimo sobre el curso de su vida.

La esposa de M. oyó la frenada del auto mientras preparaba el desayuno pero no le prestó atención. Dispuso la vajilla sobre la mesa y cuidó del agua en busca del punto justo de calor. Preparó las tostadas con una mínima ceremonia y después comenzó a llamarlo. Al principio con un tono acostumbrado, y más tarde con preocupación. M. se había ido sin decir nada. Y a juzgar por la cantidad de zapatos y zapatillas que había en la habitación, se había ido descalzo.

–Los domingos es otra cosa. Parece otra ciudad. Le dio indicaciones vagas al taxista y agradeció que no lo interpelara demasiado sobre ese destino poco claro. Por eso le siguió el juego de una conversación genérica, sin riesgos.

–Es un buen día para trabajar, me imagino.

–El mejor.

El taxista lo miró por el espejo e insinuó una sonrisa como de docente.

–Le voy a explicar –dijo. Y resopló. Parecía un actor cansado, a punto de decir su monólogo de gloria. Sus gestos eran rutinarios y a un mismo tiempo apenas iluminados por un entusiasmo pedagógico.

–La mayoría de la gente usa los domingos para descansar. No tengo nada contra eso. Al contrario. Me beneficia. Pero yo, si me quedo en casa, no descanso. Se dejó llevar por el relato del taxista y pensó que había algo misterioso en eso. Algo en lo que quizá pensaría mucho tiempo después y que podría usar en algún cuento.

–Mi mujer. ¿Me entiende?

El taxista hizo un gesto cómplice y M. se lo devolvió de una manera exagerada que de inmediato le provocó cierta culpa. Era una forma silenciosa de hablar mal de su propia esposa, y ella no lo merecía. Pensó en las tostadas, que se ablandarían bajo el peso del *Filadelfia*.

El taxista entendió ese ademán como una luz verde para avanzar en el recuento de las desgracias cotidianas de la vida en pareja. Tenía un compinche. Es más, tenía en su auto a un hombre descalzo que seguramente lo comprendería.

–Ponéle que quiere desayunar. ¿Te puedo tutear, no? Ok. Desayunamos. Afuera. Barcito, lo que sea, pero afuera. Porque es “domingo”. ¿Me entendés? Entonces desayunamos afuera. Y ahí ya que estamos, que quiere visitar a la madre. Un ratito, te dice. Pero si ya estás allá y la vieja hizo de comer para un regimiento, ¿qué hacés? Te quedás a comer. O sea. Y de ahí, al *Wall Mart*, para hacer la compra de la semana. Cuando te das cuenta ya son las siete, ocho de la tarde y tu día de descanso se fue a la mierda.

Había cierta lógica en la historia. M. pensó que definitivamente la iba a usar para un cuento. Quiso saber más.

–Por eso trabajás los domingos. Te cansa menos que descansar.

–Exacto. ¿Sabés cómo hice?

–No.

–Una casita en las sierras. Le tiré la idea, le gustó, y le dije que para comprar el terreno y después hacer la casa yo iba a necesitar juntar más plata. Que tenía que trabajar los domingos. ¿No es genial?

–¿Y cuándo descansás?

–Todos los días. ¿Querés que te cuente cómo hago? El taxista cambió de temple. Le transmitió una sensación de privilegio.

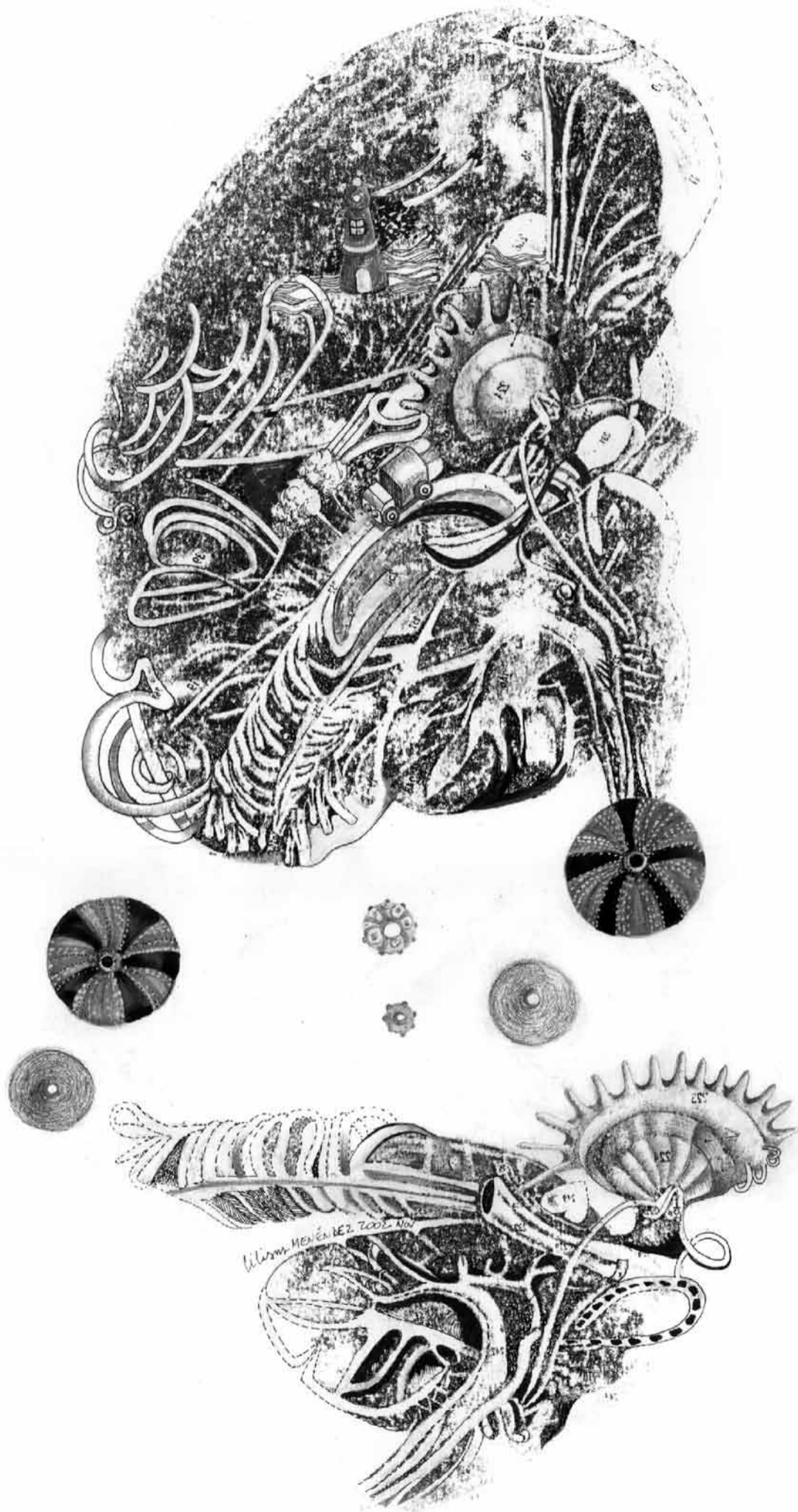
–Un hotel. Me meto en un telo.

Provocó un silencio demorado. Un silencio incómodo que M. resolvió con un calco del gesto anterior, una afirmación mentirosa. Como si realmente hubiera entendido lo que el taxista le había querido decir. Otra vez la culpa. El grito de un vendedor de diarios le dio una excusa oportuna para desviar la mirada del espejo retrovisor y fingir un interés diferente.

–Es un hotel horrible pero tranquilo. Con la cama y la tele me alcanza. Es mi momento preferido del día, mi felicidad. Tipo diez termino el primer turno, cuando ya no queda demasiada gente desesperada por llegar a su oficina. Llevo el taxi a lavar y me meto en el hotel que está al lado del lavadero.

–¿Solo?

–¡Obvio! Es un telo, pero me hice amigo del conserje y él me deja entrar solo. Me cobra una tarifa especial porque a esa hora siempre hay turnos disponibles. Prendo la tele, te busco algún partido o pelea de box, de esas viejas transmisiones, de archivo. Y me quedo dormido. Son dos horas, no más que eso. Salgo y sigo trabajando, hasta las seis de la tarde. Tipo siete estoy en casa. Ahí también soy feliz: Clara es buena mina y



mi hija es un sol. Pero en el hotel es otra cosa. Clara no lo entendería. Jamás lo entendería.

-¿Tu mujer se llama Clara?

-Sí.

-¿Son de Córdoba, los dos?

-Sí. Toda la vida acá. No la cambio por nada. Quizá más adelante, más viejo, quién te dice, las sierras. Pero más adelante. Ahora no. Amo Córdoba.

-¿Dónde vivís?

-Por ahí cerca de donde vamos ahora.

Un vértigo lo puso a temblar mínimamente. Después sonrió. Era buen material para un cuento, y tenía un giro irónico especial, acaso demasiado ampuloso, pero moldeable. Incluso tenía un legítimo sentido. La ficción, pensó, tiene que tener sentido. Eso es lo que la diferencia de la realidad.

Ya estaban cerca del barrio de Clara. Era también el barrio de la infancia de M. Las bolitas amarillas y marchitas de los paraísos se acumulaban en las cunetas. M. recordó los juegos, los secretos, la botella de agua de lluvia en la que Clara metió un papel con su nombre escrito dentro de un corazón.

-En la esquina a la izquierda.

-Bueno. Mirá. Yo vivo de la esquina, a la derecha. La cuarta casa.

Domingo.

Pasaron despacio por una cuadra de arquitectura no tan vieja, apenas ostentosa. No había casi nadie en la calle, con excepción de un hombre alto que a M. le pareció buen mozo y que lavaba un auto con una prolijidad que llamaba la atención.

-Volvamos. Quiero volver a casa.

El taxista obedeció y aunque algo en el semblante de su pasajero le dio a entender que se había terminado aquella dulce intimidad, rechazó el silencio.

-¿Pasa algo?

-No, maestro. Un mal domingo, nada más que eso.

Durante el viaje de regreso el taxista habló de fútbol. M. se concentró en la elaboración de una excusa pertinente, pero descartó todas las posibilidades. Lo más probable era que su esposa no le hiciera ninguna pregunta.

Se habían conocido en el cumpleaños de una amiga en común. Ella les hacía masajes a las invitadas y hablaba con un ocasional orientalismo, una soltura encantadora. M. estuvo toda la noche procurando modos de aproximación, lecturas en común, ensayos de una filosofía utilitaria. Al final le pidió el teléfono, haciendo un uso irónico del gesto. Se rieron de ellos mismos, y coincidieron en la especulación de un sexo poderoso. *Había piel.*

M. dio varias vueltas antes de hablar con Clara, y de hecho nunca lo hizo. Clara lo dejó a él. Quería saber si había algo más en la vida, algo así, algo que M. celebró disimuladamente como una feliz, oportuna coincidencia.

Pensó en detener el taxi una cuadra antes, pero recordó que estaba descalzo. Saludó al taxista con una amabilidad aparatosa.

Su esposa no lo estaba esperando, o más bien se esforzaba en demostrar que hacía todo lo contrario. Que no lo necesitaba. Las tostadas ya se habían ablandado y tenían el aspecto de una escenografía despiadada pero cariñosa.

-Mejor si no vamos, ¿querés? La llamo a mi mamá y le digo que me siento mal. Que estoy enfermo.

-Dale. Y aprovechamos el domingo. Está hermoso el día ■

EXTRACTOS DEL DIARIO DE ANA B., UN MES ANTES DE CUMPLIR TREINTA AÑOS Y TIRARSE POR UNA VENTANA



Eloisa Oliva

28/06

Hace unos días noté que mi cara se está pareciendo a un guante de softball: una masa de cuero y grasa arruinada por el uso. No lo pensé demasiado: fui a *Farmacity* y me robé una crema *anti-age*. Si la robé no fue para no pagar, sino por simple vergüenza: que el cajero que me vende toallitas y chocolates sepa que estoy envejeciendo me pareció obsceno. Mientras metía el tubito de retinol en el bolsillo me acordé de un pintor sobre el que leí hace un tiempo, un austríaco que pidió que lo enterraran sin ataúd para estar en contacto con la tierra. Pensé en el cuerpo de ese tipo descomponiéndose en algún lugar de Austria y salí. El frío fue una oleada desinfectante.

2/07

Hoy se murió el pececito dorado. Por la mañana estaba pálido contra el respirador, pero aguantó sin empezar a flotar hasta el mediodía. Volví del Súper cuando vi su cuerpecito lleno de estrías rojas, sin peso dentro del agua. Dejé las bolsas en medio del living y busqué un frasco

para llevarlo hasta el inodoro. Desapareció en menos de medio segundo, arrastrado por el remolino.

Noté que empezaba a morir ayer a la tarde, cuando lo encontré pegado a una de las esquinas de la pecera, abriendo las branquias. Intenté sacarlo del agua sucia, ponerlo en una palangana, pero el pececito se resbalaba. Ahora entiendo que quedarse entre sus castillitos con moho y piedras rosas fue su último impulso vital. Me di cuenta de que no sirvo para cuidar la vida. Que la vida es frágil, hasta la del pececito dorado, y corre peligro de esfumarse frente a un mínimo descuido. Y no es que el descuido fuera mínimo, pero el problema es que ni siquiera concibo la escala de hasta dónde debe cuidarse una cosa.

04/07

Necesito un novio, un novio sexy. Voy a bailar y uno me mira: está bastante bien, unos años menos que yo, rubiecito, los músculos delineados bajo la remera, la cara afilada. Lo miro hasta que se acerca. Me invita un *bloody mary*, el trago que más detesto. Pero no soy

tonta, me trago el asco junto con el *bloody mary*. Me pregunta si quiero ir a algún lado le digo que a mi casa dice salgamos.

Después de un rato le sugiero que choquemos. Estoy convencida que es lo mejor que podemos hacer con esta noche. Me mira, aferrado al volante. Tiene los ojos tan claros que pareciera que no me mirara. La cara cuando escucha lo que le propongo parece ceder un poco más a la gravedad. Pero no es que abra la boca, sino simplemente que se estira.

Afuera: una plaza con tres o cuatro juegos despintados, canteros con escarcha, la luz escuálida del alumbrado público. Todo patina y se confunde en la ventanilla ahora que empezó a lloviznar. Él mueve las manos hasta que encuentra la perilla que enciende el limpiaparabrisas. Le repito que choquemos, me mira, transparente. Me doy cuenta que quiere tirarse encima mío, tocarme las piernas y morderme el cuello. Pero yo no, yo quiero chocar este auto que de tan nuevo me da asco y en el que él se ofreció a llevarme a casa.

Desde Agosto de 1984, programación selecta en 35 MM y Digital

CINE TEATRO
CÓRDOBA

27 de Abril 275 | www.cineparaver.com.ar





L. Menéndez Nacar. Dibujo. Técnica mixta s/papel. 29 x 45 cm.

Aprieta el acelerador, sostiene el volante, los brazos tensos, la mirada fija. El Renault 12 de adelante está cada vez más cerca, hay bocinazos largos, entrecortados, todo es un placentero irse hacia delante. Pero un golpe seco y todo vuelve hacia atrás, y hacia delante, y hacia atrás, como un zigzag enloquecido por unos segundos en los que el cuerpo parece despedazarse. La cara se le deshace en una sonrisa blanda. Qué idiota, frenó a tiempo. Ahora llévame a casa, le digo y me estiro la pollera sobre las rodillas.

Día 11/07

El consultorio está en penumbras, se escucha el zumbido de un tubo fluorescente. Un médico joven entra con mis radiografías en la mano. Alza una placa, la sacude contra el tubo y dice: "no te asustes". Siento mis células desarmarse, como en el auto del rubio, pero esta vez no experimento placer. Señala un punto más blanco que el resto del hueso y dice: "¿ves esta marca?", hago un sí con la cabeza y otra descarga. Él sigue hablando del punto blanco en mi muñeca: "infarto de hueso - causa ideopática". Después me explica lo que eso quiere decir: que una parte de mí ya está muerta y nadie conoce el motivo. El hueso está muerto y ahora van a meterme en un gran tubo de plástico, enviarle señales

para ver si contesta. Pero se sabe que los muertos no hablan. A mí me duele la mano y el médico dice que no tiene que ver con esto, yo insisto que es esa muerte la que irradia dolor a mis tendones. Me mandan al sexto piso: fisioterapia. Una secretaria me da un número: 15, la niña bonita, tiene que ser un buen presagio.

15/07

El rubio pasa a buscarme. Vamos a comer a un restorán griego, dijo entusiasta al teléfono. Comida griega, no sé muy bien de qué se trata pero debe ser mejor que la comida sola. Me siento a esperarlo. Me viene una felicidad como la que me da el olor del cloro cuando se acerca el verano. Suena el portero. Bajo. Lo inspecciono a través de la puerta de vidrio del edificio, tratando de hacer coincidir su imagen con mi recuerdo. Pero no. Tiene el pelo húmedo de gel y las zapatillas enormes. No sé por qué acepté. Tampoco sé para dónde mirar todo el pasillo iluminado hasta la puerta: el espejo, el techo, el borde de mi pollera, sus zapatillas. No me animo a preguntarle cómo fue que le di el teléfono. De esa noche no me acuerdo casi nada más después del Renault 12.

Él me dice cómo estás yo bien me dice qué noche rara la otra vez yo le digo sí él me dice no sé cómo encontré tu teléfono yo le digo mirá vos.

Esta vez, por suerte, me invita un vino. El restorán es parecido a un boliche. Con luces que se prenden y apagan y una pista rodeada de muñecos de yeso vestidos como griegos. Cuando terminamos de comer empiezan a volar platos hacia el centro de la pista. Él festeja agitando los brazos y acomodándose en la silla, con unos grititos que me hacen dudar más de mi decisión. Cuando veo esa porcelana blanca astillarse en el piso me acuerdo de la fisioterapia, de las manos artrósicas sumergiéndose en parafina. Empiezo a contarle cómo la parafina líquida que se usa en esos tratamientos, al enfriarse sobre las manos parece un guante claro y estirado, y que sacarla así es como sacar una piel, que hay que volver a tirarla en la olla hirviendo y que eso es como ver disolverse la propia mano en un caldo espeso. Él me mira aburrido y pide la cuenta mostrando un brazo musculoso y tiernito.

17/07

Estoy en la cola del banco. Delante mío: dos chicas; una tiene arrugas alrededor de los ojos y un saco rosa, parece profesora; la otra con su par de botas altas y un arito sobre la piel cremosa de la nariz, debe ser bailarina. Cuando el chico de la caja le pide el número de documento a la profesora escucho 28 millones. No hay nada con qué oponerse a la evidencia, ella es más joven que yo. Sigue la bailarina. Me vuelve la alegría al cuerpo cuando escucho que esta piel lisa dice 22 millones, pero enseguida el cajero le pide que repita y escucho 32 millones. Estoy desolada. ¿Y si alguien hace esas especulaciones conmigo?, ¿encajarme en un rango biológico, adivinar mi estilo de vida? Doy con mi reflejo en una puerta de vidrio y trato de imaginar qué se podría decir. Pero no se me ocurre nada, con esta cara y este cuerpo, esta ropa, la cosa falla.

18/07

Lo que dice la máquina *Keito* multifunción de *Farmacy*:

Peso: 42, 6 kg.

Estatura: 1, 59 cm.

Su índice de masa corporal: IMC 17,5

Para que su IMC sea normal su peso debería estar entre:

Peso ideal: 48, 7 - 60, 6 kg.

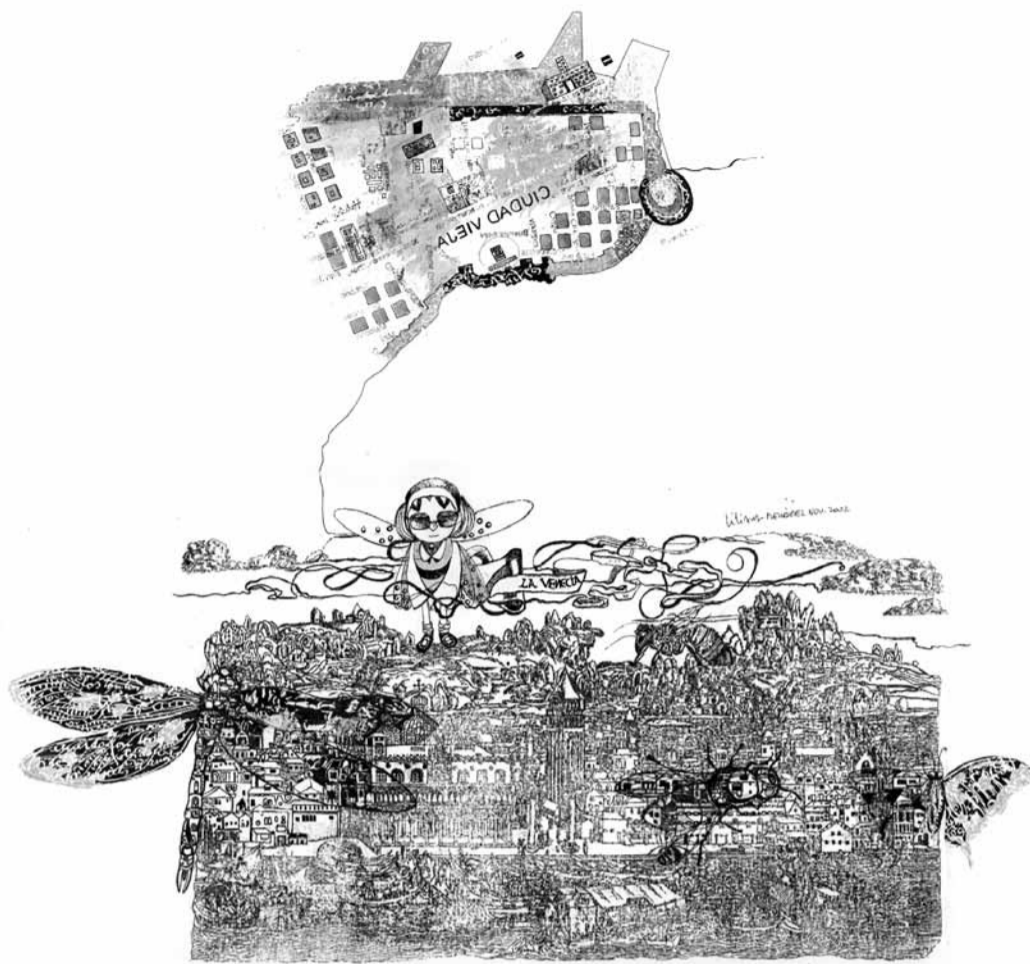
Controle su peso y su presión periódicamente.

Consulte a su médico.

No se automedique.

25/07

El colchón es suave y se hunde con mi peso. A mi izquierda está el rubio, no está dormido del todo, su cuerpo bronceado y firme, los pelos claros de sus brazos, las axilas, parece que flotara sobre el colchón. Está desnudo, pero enredado en la sábana, que le tapa parte de las piernas y el abdomen cuadrado y liso. Yo miro al techo y, distraídamente intento, de vez en cuando, estirar la mano hasta su pito para averiguar el tamaño. Me llega una oleada de olor a viejo, mi abuelo duerme a mi derecha, desdentado, con pantalón y camisa de lona marrón. Cada uno me agarra una teta, así que ahí estoy, clavada con la mano del rubio sobre mi teta izquierda y la de mi abuelo sobre mi teta derecha. Me escapo, no se despiertan. Al fondo del pasillo veo a Gastón, me saluda, hace años que no nos vemos, pero ahí está, y a medida que avanzo, empieza a caminar para atrás, sin dejar de mover la mano en señal de saludo, hasta que cuando estoy cerca, se da vuelta y empieza a correr. Yo corro atrás, gritándole, pero lo pierdo, sigo caminando y llego a una plaza. Al borde del cantero están Sergio y Sebastián, hablan de las flores. Se dan vuelta, me miran acercarme, no entiendo qué hacen juntos. Les grito, se ríen entre ellos, no me escuchan. Les hago señas, pero se alejan, no me ven, corro y no me ven ■



L. Menéndez: La Venecia. Dibujo, técnica mixta s/papel, 50 x 65 cm., 2003

COMO AVIONES

Mariano Barbieri

Miro a las personas que entran al avión: vamos a morir injustamente.

Los pasillos lúgubres son el prelude perfecto. Ninguno entiende la manera en que una botella cargada de combustible va a dejarnos miles de kilómetros después. Ninguno sabe, tampoco, que en realidad nunca vamos a llegar.

Las azafatas no me importan, no me interesa nadie que pueda usar un uniforme todos los días de su vida. Pero hay viejos que no se lo merecen, tipos que llevan los años marcados en la cara, en los pasos, en las miradas blanqueadas con cal. Caderas dolidas y una cantidad de muertos en la espalda. Sólo ellos mordieron el polvo, sólo el tiempo soportado me conmueve. Pero los demás, los jóvenes, ese estado de latencia, llevan la soberbia en la mirada y unas ganas de matar que no son distintas a la mía. Todos sabemos que matamos cada día y eso lo entendemos bien, vos y yo.

Ellos están equivocados, siempre vivieron confundidos. Yo no siento bronca, ni miedo, ni odio. Es apatía, eso que siempre nos decían. Movete, levántate, hacé algo. Me cago en este avión de mujeres con sonrisas paralelas y de hombres canosos con miradas practicadas al espejo: ellos son personas absolutamente capaces de mandar a matar, aunque aun no lo sepan. ¿Hasta cuándo van a aguantar esa tensión?

Hoy es la última vez que siento rabia, ya, este mismo instante en el que la escribo. Rabia. No quisiera que me juzguen con la moral si es que yo también voy a volarme

adentro de esta botella. Yo no me lo gané, ¿o quiénes merecen la muerte? La muerte, digo. En una hora nadie va a acordarse de mi vida, de la tuya, ni de la de nuestros amigos; pero miles –vas a ver– miles van a hablar y hacer películas con canciones en tonos menores de cada uno de las mierdas que viajan conmigo. Incluso de las azafatas. Que me escuchen las plumas del cine, que me miren los ojos de la lente: yo también pagué este pasaje a los mal cogidos de la aerolínea. Ahí están mi guita y mis huesos. Y yo necesito su lástima, me la tengo ganada.

Fue lindo cuando despegamos. *Bienvenidos*, dijo la azafata, y me hizo sentir el poder de la ironía. Conocer el destino, cosas que charlarán entre los dioses, y que a veces tenemos a mano. Como de ver repetida la misma película y pensarlo en silencio, saber lo que viene y disfrutarlo, sentirlo exquisito, inmediato. Jugar con las cartas marcadas y deleitarse porque la muerte ajena, creeme, genera expectativa. Saber que todas esas vidas que se mueven ansiosas en sus asientos esperando la comida recalentada, van a dejar de existir cuando yo mismo lo decida, mirar cada cosa que hacen y saber que lo están haciendo por última vez. Cepillarse los dientes, tomar Coca Cola, retar a sus hijos. No los habrían retado sabiendo que no lo volverían a hacer. ¿O sí? Me congela pensar qué habría decidido hacer cada uno de ellos por última vez. Yo mismo no sé con qué pensamiento quedarme: es tan difícil elegir un último pensamiento. ¿Qué habrías elegido vos? ¿La alegría, la intensidad? ¿La paz, tus momentos de euforia?

Yo voy a improvisar, esta última vez será lo que la electricidad decida por mí.

Estamos sobre el mar y la gente hace cosas tan insignificantes antes de morir, si los vieras. Ella, la mujer de fucsia, se pinta los ojos con sombras marrones, se detiene en cada detalle de sus pómulos que controla en un espejo del tamaño de una galleta. ¿Quién la espera? O aquél, el hombre de sombrero, ordena los contactos de su teléfono celular o juega con las posibilidades de enviar un mensaje a dos países de distancia. Yo quisiera preguntarle a cada uno de ellos qué cosas hacen, quiénes van a llorar por sus vidas, conocer la dimensión del asesinato. La cercanía con la muerte me vuelve un tipo curioso, como esos enfermos de cáncer que hacen en dos semanas una cantidad de cosas que no habrían hecho en cincuenta años más. Presiento decenas de mensajes, llamadas por teléfono, gestos, comentarios equivocados y alegrías enmascaradas: esas son las victorias. Que las disfrutes, amor, son un regalo para vos.

Yo mismo, si no fuera a morirme esta noche, estaría mañana presente en cada uno de sus funerales sintiéndome potente, comprobando la capacidad de lastimar que tenía y no lo sabía, como esos chicos que se humillan hasta conocer el límite. No creo en nada que no se pueda medir y hoy tengo en mis manos, como un enfermero de la muerte, el poder de ahorrarles trescientas vidas miserables, decenas de miles de días de dolores a los que nunca se iban a acostumbrar. Nunca. Aunque quizás a esto tampoco se lo merezcan ya que es sabido que nadie puede asegurar con algún grado de convicción qué es más justo para un hijo de puta, si seguir vivo o que lo maten bien muerto. Porque morirte puede solucionarte muchas cosas; nos reímos en la casa de tu hermana, pero eso es algo que nos conmueve a los dos. Hay vidas que son como el tetris, como ese último centímetro antes de morir, que se puede estirar un poco más, un centímetro o dos, pero que ya nunca van a volver hasta la base. ¿Por qué no te vas a matar? Es increíble que incluso aquellas personas que creen en la reencarnación no justifiquen el suicidio. Si vas a volver a empezar, otra vez, igual, en otro cuerpo, en otro lugar. Mirá si es cierto.

Yo, si reencarnara, te seguiría de cerca, como un espía, por cada lugar por donde vayas.

Mientras tanto volamos a mil kilómetros por hora y un avión que explota es una muerte completa como ninguna otra. Dicen que los aviones que caen a pique se desintegran en polvillo, que las partes más grandes de los cuerpos tienen el tamaño de una tarjeta personal. Es como el romanticismo invertido, la mayoría de nosotros será nuevamente polvo de estrellas. De la explosión de una galaxia, los planetas, la tierra, las estrellas; de la explosión de los aviones, lo que sea que quede de nosotros para guardarse en los bolsillos. Incluso si caemos al agua, nuestro avión va a diluirse en una enorme mancha: a diez mil metros de altura, caer al mar es como chocar contra una montaña de cemento. Lo mismo el agua que el acero, lo mismo las olas que el hierro. Me pregunto si vamos a poder verlo por las ventanas o si vamos a morir antes de reconocer los autos o los barcos en tamaño real. Ese segundo mágico: morir consciente te da el privilegio de la espectacularidad.

Son las once, ya estamos llegando. Sólo el vértigo me devuelve cerca tuyo.

Vistas de arriba, las luces de Rio son como brasas encendidas. Bajamos de a escalones de aire y me marea el teclado de tu computadora nueva. No traje chicles, y eso que me dijiste, ahora se me tapan los oídos. Los dejé sobre la mesa, comelos vos. En el aeropuerto me espera Seba. Vamos a salir a cenar. Feijoadita bien carioca.

Llego el viernes en el vuelo de las nueve. Buscame, dale ■

EL LABORATORIO DE HEMODERIVADOS DE LA
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA TE INVITA A SUMARTE AL
PROGRAMA DE DONACIÓN DE PLASMA POR PLASMAFÉRESIS



www.unc-hemoderivados.com.ar

SUMA TU FICHA
DONÁ
PLASMA

El plasma se utiliza para elaborar medicamentos para
pacientes con enfermedades críticas. En sólo 40 minu-
tos de tu tiempo, estás ayudando a que estos pacientes
accedan a su tratamiento.

Si donás plasma de manera voluntaria y repetida,
VOS y TU FAMILIA accederán a un SEGURO, para dispo-
ner de sangre cuando lo necesiten.

Necesitamos muchas fichas para lograrlo
¿Estarías dispuest@ a sumarte?

www.donaplasma.blogspot.com - donaplasma@gmail.com

TEL: (54 351) 433 4122 / 23 (int 153) / CEL: (54 351) 5129038

Dona Plasma Hemoderivados Unc @donaplasma



Solidaridad
que protege...

DASPU
Obra Social
Universitaria

102.3FM

NUESTRA
RADIO

pura vida